

trafalgar



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
VALENCIA, 234 - BARCELONA - APARTADO CORREOS 707

TRAFALGAR

Adaptación de la novela histórica basada
en la película espectacular con adaptación
sincronizada, del mismo título, cuyos pro-
tagonistas son los célebres artistas

CORINNE GRIFFITH
VICTOR VARCONI



NARRACIÓN DE
E. MOLDES

PRINCIPALES INTERPRETES

Emma Hart.	Corinne Griffith
Horacio Nelson.	Victor Varconi
Sir Guillermo Hamilton.	H. B. Warner
Honorable Carlos Greville.	Ian Keith
Señora Hart.	Marie Dressler
Capitán Hardy.	Montagu Love
Romney.	William Conklin
Reina María Carolina.	Dorothy Cumming
Rey Fernando.	Michael Vavich
Duquesa de Devonshire.	Evelyn Hall
Lady Nelson.	Helen Jerome Eddy

Selección GRAN LUXOR VERDAGUE
(Control CINÆS)

Consejo de Ciento, 290 - BARCELONA

A MANERA DE PRÓLOGO

... Nelson, el glorioso almirante inglés, es el protagonista de las escenas que vamos a narrar. Su nombre está ligado a nuestra Historia por lazos que más son de enemistad que de afecto.

Pero fué un adversario leal. Y al correr de los años y de los siglos, estos nombres gloriosos ya no despiertan el odio, sino la admiración. Aparecen en la Historia limpios de la aureola que en torno de ellos formaron las pasiones, tal como fueron en la realidad. Y por eso sus vidas, alejadas ya de toda idea de nacionalismo, van adquiriendo al pasar del tiempo el prestigio de las de los héroes de la antigüedad. Escuela de hombres, en la que los hombres de ayer, de hoy y de mañana pueden estudiar como en un libro de alta ejemplaridad.

El film en que esta narración está inspirada, reproduce

apenas algunos aspectos de la vida del gran marino de *Britania*. Y esos aspectos son familiares casi por completo. Por lo tanto, antes de entrar en el asunto de "Trafalgar", creemos obligado refrescar la memoria de nuestros lectores, dándoles, en las menos líneas posibles un extracto de la biografía del célebre almirante.

Horacio Nelson nació en Burnham-Thorpe (condado de Norfolk) en 1758 y murió en 1805. Fué, pues, contemporáneo de la Revolución francesa y de Napoleón, los dos acontecimientos más grandes de los siglos XVIII y XIX.

... Fué siempre estudioso e inteligente, pero de débil constitución, a pesar de lo cual sus padres lo destinaron a la marina cuando contaba solamente doce años de edad. En 1777, cuando tenía diecinueve años, fué nombrado subteniente de la marina real.

Sirviendo a las órdenes de Cornwallis contra los americanos y sus aliados, defendió la Jamaica contra D'Estaing; transportó diversas tropas contra dos fuertes españoles de Honduras, hasta que enfermó de fatiga, teniendo que volver para restablecerse al seno de su familia.

... En 1793, nombrado comandante del "Agamemnon", navío perteneciente a la escuadra del almirante Hood, fué enviado a Nápoles y allí se iniciaron unas aventuras amorosas, que algunos de sus biógrafos calificaron con excesiva severidad, y que fueron, realmente, el pasaje más bello de su vida. En esas aventuras está mezclado el nombre de Lady Hamilton, y el lector que se tome la molestia de

seguir leyendo podrá conocerlas con todo detalle, pues ellas están claramente reflejadas en el curso de esta narración.

En 1797 fué ascendido al cargo de contraalmirante y caballero de la orden del Baño, a consecuencia de los brillantes servicios prestados en el combate naval del cabo de San Vicente, donde su esfuerzo y pericia decidieron la victoria. Pero su carrera sufre el primer serio fracaso. Al atacar la isla de Tenerife su valor se estrella contra el denodado arrojo de los defensores del puerto de Santa Cruz, quienes le obligan a retroceder, siendo herido durante la refriega en el brazo derecho, que fué preciso amputarle.

Regresó Nelson a Inglaterra, y al cabo de algún tiempo de estar allí se le confirió la comisión de vigilar el armamento que los franceses disponían en Tolón. Siguió a la escuadra francesa y la alcanzó en la bahía de Abukir, donde la destruyó completamente, dando por resultado para Inglaterra la salvación de la India y ocasionando la segunda coalición y la dominación del Mediterráneo.

El Gobierno inglés, en recompensa por estos hechos, le concedió el título de barón del Nilo y de Burnham-Thorpe, y una pensión de dos mil libras esterlinas transmisible a sus descendientes hasta la tercera generación.

Después de esta victoria pasó en Nápoles algunos meses en compañía de Lady Hamilton; cuando los franceses

invadieron aquel territorio, salvó a la familia real, conduciéndola a Palermo.

Llegó el año de 1801. Se acababa de formar una peligrosa alianza entre Rusia, Suecia y Dinamarca, y Nelson fué enviado con la orden de disolverla. También de esta prueba salió triunfante. Fué él quien mandó la vanguardia en el combate que se empeñó con la escuadra dinamarquesa, delante de Copenhague, y a él se debió el triunfo y la rendición de aquella capital.

Cuando se rompió el tratado de Amiens, fué nombrado comandante general de la escuadra del Mediterráneo y tuvo bloqueada a la francesa en el puerto de Tolón. No obstante, el almirante Villeneuve logró burlar su vigilancia, llevándose consigo once navíos de línea, siete fragatas y dos corbetas para verificar su reunión con la escuadra española, que se hallaba en el Ferrol.

Después de haber buscado con ansia Nelson a la escuadra francesa en el Mediterráneo, se presentó el 29 de septiembre de 1805 delante de Cádiz, en cuya rada se encontraba ya la escuadra combinada, compuesta de treinta y tres navíos de línea, de los cuales dieciocho eran franceses y quince españoles, al mando del inmortal Gravina.

Durante algunos días evolucionaron las dos escuadras en aquellas aguas, y al fin, el 21 de octubre, se encontraron en el cabo de Trafalgar; se empeñó un combate sangriento, y la victoria se decidió por los ingleses, a lo que contribu-

yó no poco la inesperada deserción de los navíos franceses que mandaba Villeneuve.

Nelson recibió un balazo disparado del navío español "Real Trinidad" y murió de resultas de él por no habérsele hecho la amputación del brazo herido. Su cadáver fué conducido a Londres, expuesto al público y sepultado con gran pompa en la catedral de San Pablo.

Napoleón, que sabía apreciar el heroísmo en sus enemigos, ordenó que se distribuyera entre todos los oficiales de la marina francesa la orden del día que Nelson había dado en Trafalgar:

"Inglaterra espera que cada hombre cumpla con su deber."

TRAFALGAR

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I



OS encontramos en 1782, y en la paz y tranquilidad de una aldea inglesa. Es verano. La atmósfera es límpida y el aire, cálido, viene saturado de fragancias campesinas. Juega el sol con las copas de los árboles; las dora unos momentos; las deja otros instantes en la sombra. En todo lo que abarca la vista, el campo verde, pregonando el triunfo de la Naturaleza y de la Vida. Florecillas aquí y allá, en las que la mirada descansa de tanto verdor.

Por la calle única de la aldea, que es un trozo del camino real, pasan de tarde en tarde, con aire cansino, algún aldeano llevando al hombro las toscas herramientas de labranza; alguna zagala conduciendo unas vacas; algún carro que avanza muy lentamente, dejando tras él un sonido áspero y agudo, como un quejido.

A lo lejos, distantes entre sí, algunas casuecas humildes, claras y alegres, rompen la uniformidad del paisaje. Triunfa el sol. Caen desde lo alto en cascadas de oro. Y bajo su brillo, y bajo su fuego, todo parece adormecerse en siesta turbada solamente por el rumor de los insectos y la voz cantarina del agua.

A unas pocas leguas de allí está Londres, con su vida bulliciosa, con sus marineros, con sus mendigos, con sus "gentlemen"... Tabernas, salones, caballos, sillas de posta y sillas de mano, casas de juego donde se despluma a los incantos y "homes" confortables, cerradas al aire de la calle como inexpugnables fortalezas guardadoras del bienestar. Toda esa vida está allí, y allí se queda, sin traspasar los muros de la ciudad.

No llegan los ruidos hasta la aldea humilde y callada. Londres está cerca, pero lo mismo pudiera estar a miles de leguas de distancia. Pureza y reposo aldeanos. El alma se sumerge con deleite en esta quietud, como en un baño tibio.

Hay en la aldea una casa que, en su exterior, poco o nada se diferencia de las demás. Pero en el interior ya es otra cosa. Desde que en ella se ponen los pies, se advierte que el confort y el refinamiento de la urbe han substituído a la simplicidad y al primitivismo aldeano. Por todas partes, muebles delicados, cuadros, cornucopias, traen hasta la villa apacible el recuerdo de los salones del gran mundo.

En una sala, cuyo gran ventanal da a la calle única de la aldea, dos sombras contemplan un retrato. Sus trajes están

a tono con el decorado de la casa. Son los trajes de dos perfectos dandys. Casacas bordadas, valiosos encajes, zapatos primorosos, peluquines...

Uno de ellos es relativamente joven; tal vez veinticinco años, tal vez treinta. El otro podrá tener unos cuarenta años.

Ayudado de unos impertinentes, el más joven contempla con atención el lienzo, pintado al óleo, que está sobre una silla.

Presentémosles. El que tan atentamente observa el retrato es el Honorable Carlos Greville, acabado petimetre londinense, que veranea en la aldea humilde "por buscar la soledad", dice él, pero probablemente porque su bolsa, un tanto escuálida, no le permite un veraneo de mayores vuelos.

¿Su carácter?... En el supuesto de que un petimetre dieciochesco tenga carácter, el del Honorable Carlos Greville dista mucho de ser un carácter recomendable. Su única característica es la ambición. Este rasgo de su personalidad ensombrece, anula todos los demás. Ni bueno, ni malo. Ni tacaño, ni generoso. Ni amable, ni grosero. Sólo ambicioso. Dispone de escasa fortuna, se parece por figurar en el mundo de los privilegiados, y, si no le viesen, sería capaz de arrastrarse como un mendigo para procurarse las monedas áureas que necesita para ver realizadas sus aspiraciones.

Su ambición tiene por cimientos una esperanza: la herencia, problemática, de un tío suyo, rico y solterón, sin otro heredero directo que él. Nunca tío alguno se vió tan mimado, tan festejado por su sobrino, como el del Honora-

ble Carlos Greville. Y ahora, precisamente, su atención entera se concentraba en aquel retrato al óleo que, sobre una silla, se prestaba de buen grado al minucioso examen: el retrato del tío.

El otro "gentleman" que le acompaña era el autor de aquella obra de arte: el señor Romney, el retratista de moda en Londres. Ante la detenida inspección de su cliente empezaba a sentirse un poco molesto.

—¿No os gusta?—le preguntó.

Carlos Greville pareció despertar de un sueño.

—¿Cómo decís?

—El retrato... Os preguntaba si no os gusta el retrato,

—¡Oh, sí, mucho... me gusta mucho! Pero... estoy inquieto... ¿Le gustará a mi tío tanto como a mí, señor Romney?

—Querido Greville, yo garantizo la inmortalidad con mis retratos... pero no los legados de tíos ricachones.

Carlos Greville, se sonrió. No sabía qué contestar. En realidad, no estaba muy seguro si aquella frase era una sátira o una galantería.

Por fortuna para él, vino a sacarle de su embarazo el ruido de unos cascabeles y del rodar de un coche. ¡Ruido insólito en la aldea!

Se asomaron a la ventana los dos hombres.

—¡La diligencia de Londres!—dijo Greville. E hinchándose de vanidad, como un pavo real, añadió: —¡Sin duda algún alto personaje viene a visitarme!

Romey, que no había perdido de vista la puertecilla de la diligencia, le dijo, con una sonrisa irónica:

—¿Estáis seguro?

En efecto, no tenía apariencia de alto personaje el que, con mil trabajos, acababa de apearse de la diligencia.

Era una mujer; ¡pero qué mujer! Corda, vieja, fea, derramando por todos sus poros vulgaridad y ordinariéz. ¿Quién podría ser? Tras ella, muy ágilmente, muy graciosamente, saltó al suelo otra mujer; ¡pero qué mujer! Hermosa, gentil, de líneas ondulantes y perfectas, de ojos que eran todo un poema... ¿Quién podría ser?

Con estupor vió el Honorable Carlos Greville que las dos mujeres se detenían ante su puerto y dejaban en el suelo un verdadero almacén de paquetes, lios, maletas y paraguas. Vió cómo un marinero se propasaba a hacer una caricia a la más joven de las dos y cómo ésta, rápida y decidida, le propinaba un soberbio bofetón, mientras arrancaba la diligencia.

Aquello le desagradó. Un bofetón rompía bruscamente la línea rígida de la etiqueta, de la moral y del decoro. Muy bien que aquella joven no tolerase un atrevimiento. Pero, ¿por qué no emplear mejores modales? ¿Por qué no hacer ver al insolente, con buenas y comedidas razones, que no tenía derecho a semejante atropello, o, en último caso, requerir el auxilio de alguna persona respetable? ¡Un bofetón, un bofetón!...

Airadamente se dirigió a la puerta y la abrió. Se encontró de manos a boca con la mujer gorda y fea, y aquello aumentó su malhumor.

—¿Qué es lo que queréis?—le preguntó.

La buena mujer se inclinó ante él en una reverencia perfectamente versallesca:

—Perdón, señor... Somos, yo la señora Hart, la cocinera que habéis pedido a Londres, y la muchacha, mi hija Emma.

—¿Y venís con la pretensión de quedaros en mi casa, no es verdad?

—¡Naturalmente, señor!

—Pues bien... Siento perder una buena cocinera, pero no toleraré bajo mi techo personas tan descaradas como vuestra hija.

Y, sin esperar respuesta, el Honorable Carlos Greville cerró la puerta de golpe.

II

Consternadísimas quedaron las dos mujeres. No era aquel, no remotamente parecido, el recibimiento que esperaban. ¿Qué iban a hacer? ¿Cómo regresar a Londres si no disponían de recursos y la diligencia no volvería a pasar hasta Dios sabe cuándo?

La señora Hart, llena de decisión, cuando estaba entre sus cacerolas, era en los conflictos de su vida como un náufrago perdido en medio del mar. Lo único que se le ocurrió fué echarse a llorar y dejar que las olas la llevasen en la dirección que quisiesen. De vez en cuando montaba en cólera, y entre sollozos recriminaba a su hija:

—¿Lo ves, lo ves? ¡Por tu culpa perdemos esta colocación! ¿Qué vamos a hacer ahora, sin una moneda en nuestros bolsillos ni un techo sobre nuestras cabezas?

Emma, sin abandonar su risa, que era en sus labios una flor maravillosa, le respondía:

—No te apures, madre. Confía en mí... Yo lo arreglaré todo.

En aquellos momentos Greville contaba al pintor Romney lo sucedido, y, tomando su aire engolado de las grandes solemnidades, terminaba:

—¡Nunca consentiría que esa muchacha vulgar pusiese los pies en mi casa!

Como respuesta a aquellas palabras, un pie femenino irrumpió en la sala. Entraba, alegre y decidido, por la ventana, y, seguido de una pierna admirablemente contorneada, se posaba suavemente en la habitación. Un segundo después, tras el pie y la pierna aparecía la figura gentilísima de Emma.

No tuvo tiempo de incomodarse el dueño de la casa. La doncella se prosternaba humildemente ante él, como ante un dios, y le decía con una voz sumisa, en la que, sin embargo, bailaba un tonillo burlón:

—¡Oh, señor, ya sé que soy vulgar, pero siempre podré aprender algo de un elegante caballero como vos... tan aristocrático... tan bondadoso... tan elegante!

La traviesa Emma había tocado la cuerda sensible. ¿Inconscientemente? No. Su fina inteligencia le decía que aquel caballero tan empingorotado debía ser un formidable vanidoso. Y acertó.

El Honorable Carlos Greville, más honorable que nunca, se acariciaba el mentón, suavizándose por momentos. La muchacha continuó:

—Dejadme que me quede, señor... y mi madre también... Os prometo trabajar para vos como la criada más diligente y más humilde.

—¿Y no repetiréis aquí la hazaña de hace un instante?

—¿A qué os referís, señor?

—Al bofetón que le habéis propinado a un marinero...

—¡De ningún modo, señor! Aquí no hay ocasión...

Aquello fué un desahogo de los nervios... que no pude evitar...

—Está bien. Sea.

—¿Queréis decir que puedo quedarme?

—Sí.

—¡Oh, gracias, señor, gracias! ¡Ya sabía yo que un caballero como vos no podía menos de ser magnánimo!

Y, sin que Greville pudiera evitarlo, le dió un sonoro beso en la mano. Después, risueña, feliz, salió corriendo en busca de su madre. Pero antes de llegar a la puerta, la voz grave del Honorable la reprendía:

—En mi servicio se anda, no se corre... Ello me molesta.

—Bien, señor. Lo tendré en cuenta para lo sucesivo.

Cuando la muchacha hubo salido, el pintor se acercó a su amigo, con un trémulo de emoción en la voz:

—¡Greville!

—¿Qué os sucede, Romney?

—Sin duda vos no os habéis dado cuenta, pero tenéis por criada una diosa...

—¡Por favor, Romney! Exageráis...

—¡Una DIOSA! ¡No quito nada!... Tenéis que prestármela para hacer de ella mi modelo.

Pasaron los días.

La casa de Carlos Greville había perdido su frialdad de domicilio de un soltero para convertirse en un hogar,

en un verdadero hogar animado por el encanto de una mujer. Porque Emma, desde el primer día, había hecho sentir su dominio. Y contra su risa, contra su seducción, se estrellaba hasta la rigidez protocolar del Honorable.

Sin embargo, Greville no se dejaba seducir. Era demasiado ambicioso para ello. Encontraba a Emma muy bella, muy graciosa, muy inteligente, con una inteligencia innata, que sólo hacía falta encarrilar bien para obtener de ella óptimos frutos. Le agradaba, en suma. Pero no para él. Cuando se extasiaba contemplándola, pensaba en su tío, o, mejor dicho, en el legado de su tío. Quería ofrecérsela, como el obsequio de un sobrino cariñoso y solícito. Lo mismo que le ofrecería un buen perro de caza o un veloz "pur sang".

Para su tío la cultivaba. Allí, en la paz de la aldea, día tras día, él se tomaba la molestia de desasnarla, derrochando paciencia, fijos los ojos en el gesto placentero de su tío cuando la pusiese en sus manos.

Favorecía sus planes el talento natural de la muchacha, y, sobre todo, una cualidad especial que, más adelante, podía ser un atractivo nada despreciable. Emma tenía una voz de dulces entonaciones y sabía cantar con arte y con sentimiento. Sólo le faltaba la pauta de la música, y eso vendría luego, perfeccionando sus aptitudes.

III

La educación de Emma avanzaba a pasos agigantados. Y, al mismo tiempo, iba desarrollándose en el alma de la muchacha un dulce sentimiento, que, por el momento, favorecía los planes de Greville, pero que, andando el tiempo, podría convertirse en una amenaza. Emma estaba enamorada de su maestro. Greville, hombre práctico, fomentaba tal amor, sabiendo que, gracias a él, podría conseguir mejores resultados en la educación de la joven y, sobre todo, que podría dominarla mejor, lo cual era una gran ventaja para el día que tuviese que entregarla. Se dejaba querer, olímpicamente, sin descender de su trono, y de vez en cuando otorgaba una caricia o un beso, con lo cual la hoguera se mantenía siempre viva.

Cierta día, en la mesa donde Greville acostumbraba trabajar, apareció un sobre, de su puño y letra, con la siguiente dirección:

"A su Excelencia

Sir Guillermo Hamilton,

Embajador de Su Majestad Británica

en la Corte de Nápoles.

Junto al sobre había una carta empezada. Decía así:

"Querido tío:

"Sé que estáis en Londres y espero que me honraráis con una visita. Como os he escrito varias veces, el brillante en bruto que el destino puso en mis manos se va puliendo y convirtiéndose en una rara joya, y lo mejor de todo es que la madre de esta maravilla es una excelente cocinera. Como veis, procuro haceros agradable la estancia en mi casa y confío que no tendré que guardarme, en espera de mejor ocasión, mis buenos propósitos."

La carta quedó sin respuesta.

Sir Guillermo Hamilton, galante caballero, vivía demasiado ocupado con sus excursiones por el terreno del amor para atender invitaciones de sobrinos ambiciosos. Se marcharía pronto a Nápoles, además, y le interesaba no desperdiciar ni uno solo de los días que debía permanecer en Londres.

¿Iban a derrumbarse los planes de Greville? ¿Temería que guardarse la "rara joya" para sí, en vista de que no encontraba ocasión para regalársela a su tío?

¡De ningún modo!! ¡Había que jugarse el todo por el todo, y se lo jugaría!

Tuvo noticias de que su tío frecuentaba cierto parque de recreos de Londres, conocido por el nombre de Vaux

hall, y, ni corto ni perezoso, hizo vestir a Emma con las galas lujosas que había adquirido para ella, mandó enganchar la berlina y dió orden al cochero:

—¡A Londres!!

Unos momentos después volaban por el camino real.

Un poco intrigada, Emma le preguntó a su amo y señor:

—¿Qué es lo que vamos a hacer a Londres?

—Nada que pueda inquietaros... Vamos a cenar juntos y a divertirnos un poco.

—¡Oh!, ¿es de veras?... ¡Eso es más de lo que yo me atrevía a soñar!

Y la muchacha, entusiasmada, batía palmas, bien arre-llanada en el asiento del coche, como un niño a quien se le acaba de dar un juguete nuevo. Era feliz, completamente feliz. Acababa de decirlo: nunca se había atrevido a soñar con tanta felicidad. Y todo aquello se lo debía al hombre que, rígido y serio, iba sentado a su lado... Se sintió invadida por una oleada de ternura, y le ofreció los labios. El bebió en aquella copa, primero con displicencia, después, vencido absolutamente por la fragancia de aquel vino generoso... A buen seguro que en aquellos momentos no pensaba en su tío, sino en él. Pero a lo lejos aparecieron las luces de Vauxhall, y recobró su dignidad de perfecto "gentleman".

Vauxhall, ya lo hemos dicho, era un parque de recreo, punto de cita de la elegante sociedad londinense. Había allí atracciones primitivas, pequeños circos de lona, donde unos infelices exhibían sus habilidades o sus monstruosi-

dades. Y había un amplio restaurante al aire libre, con cenadores cubiertos de enredaderas, verdaderos gabinetes reservados, que se aislaban del resto del establecimiento por medio de un gran cortina.

En estos gabinetes, los petimetres de la urbe acostumbraban lucir sus conquistas. En uno de ellos se instaló el Honorable Greville con Emma, cuidando de correr bien la cortina para que todos pudieran verla a sus anchas.

Frente a su reservado había una gran extensión de terreno, donde se aglomeraba la multitud que no tenía el honor de pertenecer a la "High Life": obreros, menestrales, marineros, pequeños burgueses... Toda aquella gente tenía la explanada por suya; allí podía divertirse a su antojo. Bailaban unos, cantaban otros, algunos invadían las atracciones.

Una barrera imaginaria, pero no por imaginaria menos sólida, separaba a las dos clases. El pueblo no tenía derecho a entrar en el restaurante. Podía acercarse a la balconada hasta casi rozar a los privilegiados de la fortuna, pero nada más. Aquella balconada era sagrada. Ninguno, ni aunque estuviese ebrio, se atrevía a pasarla.

Desde su altura, los nobles y los ricos—aristocracia de la sangre y del dinero—podían divertirse contemplando las piruetas, las groserías y las vulgaridades de la multitud, a la que, en su fuero interno, despreciaban profundamente. Y las gentes de la explanada, a su vez, tenían derecho a contemplar y a admirar las primorosas casacas bordadas de aquellos señorones y las ricas "toilettes" de aquellas damas, que tenían para ellas el prestigio de diosas.

Sentáronse a la mesa de su reservado Greville y Emma, y cuando el atildado caballero se disponía a seleccionar un menú digno de su alcurnia, hubo de suspender tan delicada operación para seguir, con sumo interés, las evoluciones de un grupo elegante—hombres y mujeres—que acababa de entrar en el restaurante. Entre los caballeros que componían el grupo había descubierto a su tío, el poseedor de aquella herencia codiciada, que era para él motivo de tantos desvelos.

Sir Guillermo Hamilton, Embajador de Su Majestad Británica en la Corte de Nápoles, estaba, en efecto, allí, bien ajeno de sospechar que las miradas inquietas de su sobrino siguiesen hasta sus más insignificantes movimientos. Galante, como un abate de Versalles, se inclinaba ora al oído de una dama, ora al de otra, desgranando sin duda exquisitos madrigales, que las bellas acogían con risitas de vanidad satisfecha.

Carlos Greville se levantó y le dijo a su acompañante:

—Quedáos aquí quieta y silenciosa, sin llamar la atención, Emma... Yo tengo que salir un momento.

—Pero... ¿adónde vais?

—No os interesa saberlo. Os digo que dentro de un momento estaré de vuelta.

—Id entonces, pero no tardéis mucho.

—El tiempo que necesite, nada más.

—Lo digo porque, sola, me voy a aburrir mucho...

No contestó Greville y salió del reservado. Unos instantes después, haciéndose el distraído, pasaba por entre las mesas ante las cuales acababan de sentarse Sir Gui-

Hermo y sus amigos. Naturalmente, alguien le vió. Fué una dama, Lady Anderson, que se hallaba sola ante una mesa individual. Le llamó:

—¡Greville!

Se volvió el joven, y, fingiendo una gran sorpresa, se inclinó ceremoniosamente ante la dama:

—¡Milady!... No esperaba, en verdad, encontraros aquí.

—La que no lo esperaba era yo... Hace tanto tiempo que no se os ve en ningún salón, que no concurrís a ninguna de nuestras fiestas...

—Tenéis razón, milady... Vivo muy retirado... exactamente igual que un ermitaño.

—Pero supongo que no será precisamente la meditación lo que os mantiene alejado del mundo.

—Tal vez no, milady.

—¿El amor, entonces?

—Tal vez sí...

—¡Enigmático estáis! ¿Tenéis, pues, secretos para una buena amiga como yo?

—No, milady... Y la prueba de ello es que voy a deciros la verdad: Si no vivo en Londres, es porque mis recursos no me permiten vivir en el tren que yo quisiera.

—Comprendo...

—Por eso, aprovechando el verano, me he retirado a una aldea cercana, con el propósito de hacer economías para el invierno.

—A propósito de dinero... ¿Habéis visto a vuestro tío?

—No. Sé, únicamente, que está en Londres.

—Ahí le tenéis... en esa mesa...

Y Lady Anderson señaló una mesa contigua, en la que Sir Guillermo Hamilton, entre dos damas, se esforzaba por salvar de atenciones a ambas.

—Muy entretenido parece—dijo Greville.

—Sí... Mal momento para hablarle de intereses.

—Con vuestro permiso, voy a saludarle.

Se acercó Carlos a la mesa de su tío, y éste, al verle, se levantó. Se saludaron cordialmente.

—Querido tío—dijo Greville—, esto sí que es una agradable sorpresa.

—Muy agradable, ciertamente, querido sobrino.

—Comprendo que ahora estáis ocupado y no quiero molestaros... Pero, si gustáis, más tarde, cuando os quedéis libre, tendría un gran placer en veros por mi casa.

—No hay más que hablar, sobrino. Espérame aquí e iremos juntos. Precisamente, estoy descando ver ese diamante en bruto de que me has hablado en tus cartas.

Se estrecharon las manos otra vez, y Sir Guillermo volvió al lado de sus amiguitas, mientras que Greville se acercaba de nuevo a Lady Anderson. No había perdido ésta un detalle del breve diálogo, y así, se apresuró a decir al joven:

—¡Andad con cuidado, Greville! Sir William está cada día más loco por las mujeres... Si se casa, ya no seréis su heredero.

—He pensado en ello muchas veces, milady.

—Menos mal entonces... Supongo que habréis tomado vuestras precauciones.

—Así es. Creo que por ese lado no tengo nada que temer...

En aquel instante, algo turbó el diálogo de Greville y Lady Anderson. De la explanada que se extendía frente al restaurante, de la multitud allí congregada, subía al espacio una bella canción, entonada a coro por centenares de personas, produciendo un efecto bellísimo, sorprendente. Era una de esas canciones populares inglesas que tanto se prestan a ser coreadas, pero en aquel sitio y a aquella hora, fuese por lo inesperado, fuese por el silencio con que era escuchada, alcanzaba el énfasis solemne de un canto litúrgico.

Greville reconoció aquella canción inmediatamente. Era una de las que Emma cantaba con su voz suave, de dulces matices. Tuvo un presentimiento, y se inclinó sobre la baranda para mirar el reservado donde él había dejado a la muchacha.

Lo que temía, era cierto. Emma estaba allí, de pie en el reservado, cantando con la multitud que se aglomeraba ante ella, llevando con los brazos y la cabeza el ritmo de la canción.

Era muy sencillo lo que había sucedido. Cuando la muchacha se quedó sola, empezó por buscar distracción en la lectura del menú que tenía ante ella. Pero aquello la aburrió pronto. Y Greville no volvía. Se puso a cantar a media voz, y poco a poco, sin darse cuenta, fué elevando el tono. Un marinero que allí cerca estaba, conocía la canción y llevó el acompañamiento; después otro, y otro, y otro. Al cabo de unos momentos, todo el público que se

divertía en la explanada se iba aglomerando ante el reservallo, y la canción tuvo un coro insospechado.

Carlos Greville corrió precipitadamente al lado de Emma, y, sin hacer caso de sus protestas ni de los murmullos amenazadores del público, la sacó del restaurante y la llevó hasta la berlina, que esperaba fuera. La obligó a subir. Ella empezaba a sentirse pesarosa de lo que había hecho, y al ver el cariz que tomaban las cosas, le preguntó a su señor:

—Pero... ¿no íbamos a cenar juntos?

—¡No!

—¿Entonces me mandáis a casa?

—¡Sí!

—¿Y vos no venís conmigo?

—¡Vuestra conducta es incalificable! Os iréis sola ahora; yo iré luego con mi tío.

—Perdonadme por esta vez... No lo volveré a hacer más.

Por toda respuesta, Greville dió una orden al cochero, y la berlina se alejó. En su interior, Emma lloraba.

IV

Sir Guillermo Hamilton cumplió su promesa. Aquella noche se despidió en el Vauxhall de sus amigos y de sus amigas y fué a reunirse con su sobrino.

—Estoy a tu disposición. Vamos a ver ese famoso diamante en bruto.

Un poco después, en la sala de la casita de Greville, que ya conocemos, Sir Guillermo escuchaba con atención primero, con emoción después, la canción sentimental que desgranaban los labios de Emma. Gilberto la acompañaba al piano. Sus dedos recorrían ágiles las teclas, pero su mirada estaba fija en el rostro de su tío, procurando descubrir, a través de la fría máscara de diplomático de sir Guillermo, sus verdaderas sensaciones.

Cuando Emma terminó de cantar, Sir Guillermo se acercó a ella y mirándola a los ojos, le dijo:

—¿No os ha dicho nadie, hija mía, que sois muy hermosa?

—Vuestra Excelencia me hace demasiado favor—respondió ella, bajando los ojos al suelo, y con la inflexión más dulce de su voz.

Aquella modestia, aquella sencillez, acabaron de cautivar al impresionable Sir Guillermo. Cuando la muchacha se hubo retirado a su habitación, el diplomático se acercó a su sobrino:

—Carlos, esa joven es perfecta... pero con un poco de instrucción, sería divina.

—Yo también lo creo así, querido tío.

—¡Daría cualquier cosa por llevármela a Nápoles conmigo!

—¿Por qué no?

—¿Tú crees que aceptaría?

—Lo creo... si yo la convengo de que más adelante irá a buscarla.

—Pero no irás...

—No.

—Entonces es un engaño.

—¿Qué importa el nombre, tío!... Lo interesante es que a vos os gusta esa muchacha, que vivís muy solo en Nápoles y que ella puede ser para vos una... dulce amiga.

—Un poco me repugnan los medios, pero, tienes razón... lo importante no son los medios sino el fin.

—¿Consentís entonces?

—Sí... Cuando estemos en Nápoles la rodearé de tantas comodidades, de tantas superfluidades, seré con ella tan atento y tan respetuoso, que seguramente me perdonará esta estratagema de ahora.

Aquella misma noche Sir Guillermo Hamilton repuso a Londres.

Cuando el ruido de su coche se extinguió a lo lejos, Greville penetró en la habitación de Emma. Ella corrió a arrojarle en sus brazos, preguntándole con ansiedad:

—Carlos, ¿me habéis perdonado, verdad que sí?

—¿Perdonado?

—Sí... mi conducta de esta noche... en el Vauxhall...

—¡Ah, sí!... no me acordaba ya... Todo eso perdonado y olvidado.

—¡Oh, gracias, Carlos, gracias!

—Emma, hablemos como buenos amigos... Vas a partir para Nápoles, vas a aprender allí con los mejores maestros.

—¿Aprender, qué?

—Ante todo, a hacerte una dama verdadera, una dama del gran mundo... Luego, cultivaréis el canto, la música...

—¡Oh, maravilloso! ¡Soberbio! ¿Y cuando salimos?

Greville calló y se puso a mirarse los dedos, como buscando en ellos una respuesta adecuada. Antes de entrar en la habitación de Emma había calculado todas las preguntas que la muchacha le haría, y había meditado sus respuestas. Pero aquella pregunta no la había previsto.



Con la señora Har, la nueva cocinera, y su encantadora hija Emma...



- ¿Qué es lo que vamos a hacer en Londres? - le preguntó Emma a Gertrud.



- „Entonces me mandáis a casa?”



- ¿Qué sucede, Sr. Guillermo?



Nelson: ya no era el mismo capitán, joven, fuerte y valiente...



- He aquí lo que os traigo, señor - dijo Emma al Almirante.



Nelson regresază victorios...



Las dăni se succeduseră cum ar fi un parais de emușcă...

Y, a decir verdad, su inteligencia no era muy viva para improvisar una contestación que complaciese a la muchacha.

Al ver su actitud, Emma abandonó bruscamente la alegría a que se había entregado y se acercó al Honorable:

—Carlos, no me habéis perdonado... Lo que hacéis es despedirme.

—No... no es eso... os aseguro que no es eso...

—Entonces, contestad a lo que os he preguntado... ¿Cuándo salimos?

—Emma... voy a hablarle con franqueza... No es conmigo con quien irás a Nápoles...

—¿Qué queréis decir?

—Es con mi tío... Sir Guillermo te necesita. Por lo tanto, tú y tu madre saldréis inmediatamente...

—¡No, eso no! Podéis despedirme, si es vuestro gusto, pero no podéis obligarme a ir a Nápoles contra mi voluntad.

—No trató de hacerlo, Emma. Yo iré también, pero no ahora, sino un poco más adelante... en octubre lo más tarde.

—¿No me cagañáis?

—En octubre. Te doy mi palabra.

Se besaron. Y la entrevista terminó así.

Las cosas le iban saliendo a Greville mejor de lo que él esperaba. Por lo pronto, su tío tendría un entretenimiento, una "dulce amiga", que alejaría sus pensamientos del matrimonio. Por otra parte, no existía, ni remotamente, el peligro de que Sir Guillermo se casase con Emma. No podía olvidar el linajado caballero que era hija de una cocí-

ñeta y que había sido para su sobrino un término medio entre criada y amante. Las medidas de precaución estaban, pues, bien tomadas. La fortuna del diplomático no tendría otro heredero que él.

Como estaba acordado, Emma y su madre partieron para Nápoles.

Era un mundo nuevo, sorprendente y maravilloso, el que se abría como un abanico ante los ojos de la muchacha. Nápoles, dormido en el golfo, teniendo al fondo la mole humeante del Vesubio, era un recreo para la vista. Nápoles, con su calma, con su indolencia, con la maravilla de sus paisajes, era el marco indicado para un idilio amoroso.

Así lo vio Emma, y su corazón se ensanchó para dar mayor cabida a la esperanza. Aguardando la fecha señalada por Greville, era casi feliz. Contaba los días que le faltaban para ver realizada su dicha, y, entretanto, cumplía al pie de la letra las instrucciones de Sir Guillermo, que, siempre galante, siempre rendido, no cesaba de cultivar su espíritu, dándole los profesores de más renombre en Nápoles. .

Estudiaba la muchacha con fe, con ahínco, siempre fija en ella la aspiración de ser una perfecta Lady cuando llegase Greville. Y, poco a poco, iba penetrando en los secretos de la música, iba descifrando los misterios del "bel canto", iba adiestrando sus pies y su figura en los movimientos cadenciosos del baile.

Semanalmente, sus cartas, impregnadas de entusiasmo y de esperanza, llegaban hasta el Honorable, que, en Londres, abandonaba definitivamente la paz de la aldea, vol-

via a su vida de petimetre con muchas ambiciones y muy poco dinero.

Aquellas cartas ingenuas la hacían sonreír. Emma le hablaba en ellas de sus estudios, de sus progresos, del carácter bondadoso, casi paternal, de Sir Guillermo. Y terminaba siempre con la misma coletilla:

“¡Cuántos días aun hasta el primero de octubre, cuando tú llegues!”

Al leer estas últimas líneas, la sonrisa de Greville se acentuaba. En realidad, ni remotamente pensaba él en ir a Nápoles. Le convenía, por el contrario, que siguiese aquel estado de cosas. Para ganar la herencia de su tío era absolutamente preciso que él se eliminase, a fin de que Sir Guillermo, viendo a la muchacha libre de ataduras, se decidiese a hacerla su entretenida.

¿Que aquello era una infamia? ¿Qué estaba jugando con el amor y con la fe de una mujer que en él había puesto su confianza, que le había obedecido ciegamente para no perder su cariño? ¡Bah! ¡Palabras, palabras, palabras! Su moral era la moral de manga ancha de los salones de su tiempo. Conservar las apariencias. He aquí la única moral que él, como otros muchos, acataba. Lo interesante era que el legado de Sir Guillermo llegase un día a sus manos... Al verle rico y poderoso, ¿quién se atrevería a pedirle cuentas de su conducta?

Llegó—¡al fin!—el primero de octubre. ¡El fausto día!

La víspera de la fecha anhelada, Emma no durmió. Fueron inútiles sus intentos de conciliar el sueño. Rezó, contó cantidades, hizo esfuerzos por pensar en cosas baladíes. ¡Imposible! Sus ojos estaban abiertos en la obscuri-

dad, como si siguiesen la ruta de aquel barco que debía arribar al día siguiente a Nápoles, procedente de Inglaterra.

Lo "veía" avanzar majestuosamente, con las velas hinchadas, dejando tras de sí una estela, que las olas inquietas borran instantes después. Lo "veía" recorrer la misma ruta que ella había recorrido, mesca atrás, pasando desde el Atlántico, hoscó y fiero, al suave aíl del Mediterráneo.

Las horas fueron deslizándose, lentas, muy lentas. Por fin, el trozo de cielo que se divisaba desde la ventana de la habitación de Emma, fué clareándose. Palidecieron las estrellas; se ocultaron. Y hacia Oriente apareció una claridad blanquecina que, poco a poco, se fué extendiendo.

Un gallo cantó en la lejanía. Después otro, Y otro. Y otro.

El horizonte iba adquiriendo un tinte rosado. En los árboles del jardín empezaron a cantar los pájaros.

Emma se levantó. No podía seguir en el lecho. La impaciencia, la ansiedad, la dominaban. ¡Qué lento el pasar del tiempo! Tenía la sensación de que aquel amanecer iba a prolongarse indefinidamente, como en las páginas bíblicas, cuando Josué ordenó al sol detenerse... Unos minutos más—¡unos siglos!—y en el horizonte apareció un gran disco de oro.

Emma, incapaz de contener su impaciencia, corrió a la habitación de su madre y la obligó a levantarse.

—¿Pero qué sucede?—preguntaba, aun medio dormida, la buena mujer—. ¿Qué sucede?

—¿Lo has olvidado, madre? ¡Hoy es el gran día... el gran día!

¿Qué día?

—¡El correo de Londres debe llegar de un momento a otro!

—¡Ah, sí!

—¡Y en él viene Carlos... mi Carlos! ¡Ya se acabó el esperar, madre! ¡Ya no más impaciencias ni más sufrimiento! ¡Nos casaremos! ¡Ahora soy una mujer digna de él!

—Pero... ¿estás segura de que viene?

—¡Le ofendes, madre! ¿Cómo no va a venir, si así me lo prometió... si sólo por esa promesa me decidí yo a venir a Nápoles!

Era ya completamente de día. Nápoles, frente al golfo azul, se desparezaba indolentemente antes de decidirse a reanudar su vida interrumpida por el sueño. A lo lejos cantaban pescadores, y sus canciones tenían un acento romántico y sentimental.

Las dos mujeres entraron en la gran sala de la mansión de Sir Guillermo que daba al golfo, y mientras que la excelente señora Hart, indiferente a la llegada de aquel posible yerno, preparaba el menú del día, Emma, con los codos apoyados en el alféizar del amplio ventanal, clavaba su vista en el mar, buscando ansiosamente, como un naufrago en una isla desierta, una vela salvadora.

No debía de tener mucha fe en su vista, por cuanto corrió en busca de un catalejo, para mejor escudriñar el horizonte.

Pasaron minutos; un cuarto de hora... media hora... De pronto, Emma dió un grito:

—¡Ya! ¡Ya está ahí!

Su madre, con los cinco sentidos puestos en el menú que confeccionaba, ni siquiera volvió la cabeza. La muchacha corrió hacia ella, la zarandeó, la obligó a levantarse:

—¡Es el barco inglés!... ¡Carlos estará aquí dentro de unos minutos!

En efecto, con todas sus velas desplegadas, una hermosa fragata navegaba con la proa hacia Nápoles, acercándose por momentos. Emma dirigió su catalejo al puente del navío, pero no pudo divisar los rostros de las personas que allí se encontraban. Entonces optó por encerrarse en su habitación y emplear aquellos minutos del desembarco en arreglarse minuciosamente, para que Greville la encontrase más bella que nunca.

Cuando abandonó el tocador, nadie había llegado aún. Con los nervios en tensión, esperó. Al fin se oyeron unos pasos en el pasillo. A Emma le dió un vuelco el corazón. Adivinaba que aquellos pasos eran de Greville, que muy pronto, dentro de unos segundos, se abriría la puerta de la estancia y él la estrecharía entre su brazos, temblorosa de emoción...

Y la puerta se abrió. Pero en vez de la figura rígida de Greville, apareció en el marco la figura, no menos rígida de un criado. Llevaba en la mano una bandeja y en la bandeja una carta.

Emma tuvo instantáneamente el presentimiento de que una gran desgracia iba a destruir su vida. Hasta entonces, nunca, ni remotamente, había pensado que su amado Greville pudiese ser capaz de una infamia. Ahora, al ver presentarse en vez de él, un criado, sin que nada lo justificase, sintió derrumbarse súbitamente el castillo de su fe.

La carta, que abrió con mano temblorosa, decía así:

Emma:

Por tus cartas veo que, más pronto de lo que yo creía, se vas convirtiendo en una lady. Te felicito. Supongo que esperarías verme a mí en vez de recibir esta carta. Pero el hombre propone, y las circunstancias disponen. Mis obligaciones me impiden salir de Inglaterra.

Además, ¿a qué seguir engañándote? Estoy en vísperas de contraer matrimonio, y esa es la causa de que no cumpla mi promesa. Si quieres seguir el consejo de un buen amigo, procura ganarte las simpatías de Sir Guillermo. Ya habrás podido comprobar que es bueno y generoso. El protector que necesitas, precisamente.

Guardará siempre un buen recuerdo tuyo,

Carlos Greville."

Fué como si el mundo, se abriese a sus pies. No tuvo fuerzas ni para llorar, tanta era su desesperación, su odio, su despecho. Con los ojos enjutos miraba al espacio, como si a través de él, su mirada quisiera clavar-se, como un puñal en aquel traidor, que allá, en Inglaterra, tan vilmente, tan cobardemente la había engañado.

En aquellos momentos, después de llamar discretamente a la puerta, entró en la habitación Sir Guillermo Hamilton. Le bastó ver la carta en manos de Emma y la actitud de dolor de la muchacha, para comprenderlo todo. Pero, fingiendo no estar enterado de aquello, se acercó a su protegida con verdadera solicitud:

—¿Qué os sucede, Emma?

Por toda respuesta, ella le alargó la carta. Pasó el ca-

ballero la vista por los renglones y advirtió inmediatamente que su sobrino era un perfecto canalla. Ciertó que él, Sir Guillermo, se había puesto de acuerdo con el miserable para llevarse a Nápoles a Emma; pero sus fines eran nobles, mientras que los de su sobrino eran simplemente viles.

El había querido hacer una verdadera joya de aquel "diamante en bruto" que su sobrino le había ofrecido. Y no por ningún interés mezquino. Ni un solo favor había pedido a la muchacha a cambio de su protección. Le había, en los primeros tiempos, con ver desarrollarse en ella su talento natural, sus cualidades artísticas; quería dotarla de armas para que en la vida pudiera elevarse sobre su origen humilde.

Después... En el corazón no se manda. Sir Guillermo reconocía que, poco a poco, le había ido ganando la belleza, la gentileza de Emma, hasta convertirla en un rendido adorador de la joven. Pero, temiendo que, al hablar, sus palabras fuesen tomadas como una indelicadeza, dada la situación de ambos, prefirió callar, encerrar en lo más recóndito de su alma su secreto de amor.

Por eso, ahora, al ver sufrir tan intensamente a la víctima de Gréville, a su propia víctima también, sufría con ella y hubiera dado cualquier cosa por retroceder en el camino de su vida hasta antes de conocerla. Entonces su conciencia de hombre noble y austero nada habría tenido que reprocharle.

Con un trémolo de ira en la voz, Emma se dirigió a él: —¡Esto es el final de vuestro complot! ¡Confesadlo!

—Lo confieso, Emma... pero también confieso que mi ánimo estaba muy lejos de haceros sufrir.

—¿Qué os creíais entonces? ¿Que yo me resignaría, verdad, que yo aceptaría encantada esta veta ignominiosa?

—No es eso, Emma... Permitidme que os dé una explicación...

—¡Nada quiero saber! ¡Vos y él me tomasteis por una de esas mujeres que pasan de mano en mano!

—Estáis obcecada... Mis propósitos eran muy otros...

—¡Oh, dejadme en paz con vuestros propósitos! ¡Ya estoy harta de tratar con finos caballeros!

—Pero, hija mía...

—¡Me abogo bajo este techo, entre estos muebles lujosos! ¡Yo no he nacido para esta vida y no seguiré en ella ni un día más!

—Pero... ¿qué vais a hacer?

—¡Haré lo que he hecho siempre: trabajar! ¡Mi madre y yo sabremos ganarnos la vuelta a Inglaterra!

Y, desahogando al fin su ira en lágrimas, Emma continuó con una voz más dulce y más sentimental:

—¡Trabajar!... ¿Por qué él no me dejó seguir mi destino y quiso hacer de mí una lady? ¿Y pensar que yo era feliz trabajando para él como la criada más humilde!...

Emma se dejó caer en un sillón y lloró mucho tiempo. Aquellas lágrimas la serenaron, la purificaron. A su lado, Sir Guillermo la contemplaba con amor, sin acertar a consolarla.

Las palabras no podían reflejar, ni siquiera pálidamente, lo que él ansiaba decirle. Estaba avergonzado de su sobrina y de sí mismo, y, al mismo tiempo, deseaba que

Emma supiese que no eran los dos iguales, que él, al protegerla a ella, no había alimentado miras egoístas y que, si había aceptado el proyecto de Greville, era por ser éste el único medio de poder erigirse en su protector.

Todo esto, y muchas cosas más, ansiaba decirle Sir Greville a aquella muchacha que lloraba a su lado desconsoladamente. Pero no encontraba las palabras, ni aunque las encontrase se atrevería a pronunciarlas. ¿Le creería Emma? ¿No dudaría de su sinceridad, sabiéndole cómplice del otro? ¿Cómo convencerla, en aquella crisis sentimental, de que él no había dejado de ser bueno y justo?

Calló. Siguió callando. Y las horas fueron pasando sobre el dolor de ella, sobre la angustia de él.

Llegó la hora del almuerzo, la de la comida, y nadie pensó en comer.

Hacia la tarde, Emma se sentó junto al amplio ventanal que daba sobre el golfo y sus ojos, fatigados de tanto llorar, descansaron sobre el azul del mar, surcado por algunas velas. Lo miraba con nostalgia y con pena. Siguiendo aquel mar, lejos, muy lejos, estaba Inglaterra, y en ella, Carlos Greville. Quizá en aquellos momentos ya estaría casado y viviría con su esposa las horas felices de la luna de miel...

Aquel pensamiento volvió a encenderla en ira, y, sobre el ventanal, sus puños se crisparon.

Sir Guillermo, en pie tras ella, apoyado en el respaldo del sillón donde la joven se sentaba, rompió el silencio prolongado:

—Emma...

—¿Qué queréis?

—¿Por qué os atormentáis en vano? Huid de aquí, de este ventanal, de vuestros pensamientos, de vuestros recuerdos... Hay que intentar olvidar...

—¿Creéis que es fácil?

—Sí; si en ello se pone la voluntad... ¿Queréis que os saque a dar un paseo? Recorreremos los alrededores de Nápoles...

—¡Gracias! Salid vos, si queréis.

—Yo sólo quiero estar a vuestro lado.

Callaron de nuevo los dos. De pronto, en el golfo apareció la fragata que había arribado por la mañana. Pero ahora su proa no apuntaba hacia Nápoles, sino hacia el mar abierto, hacia Inglaterra.

Tras ella, cabalgando en su estela, marchaban los pensamientos de Emma. Y en aquella estela blanca se clavó su mirada hasta que el barco desapareció por completo en el horizonte y la borraron las ondas del golfo.

Atardecía. El sol se ocultaba, tiñendo de grana unas nubecillas. Pronto avanzaría el ejército de las tinieblas, y la Naturaleza entera se daría su baño cotidiano de obscuridad. Era la hora romántica. La hora en que, en medio de la quietud de todas las cosas, vuelan, locos, los ensueños, se suavizan las grandes alegrías y se agudizan las tristezas.

Sir Guillermo Hamilton se inclinó hacia Emma, hasta casi rozar el bello rostro con sus labios:

—Emma, vuestra juventud ha traído alegría y belleza a mi vida... Yo no puedo dejaros marchar.

Calló ella, y su vista siguió en el mar, como si no le oyese, como si su espíritu estuviese muy lejos...

Sir Guillermo continuó:

—Emma... ¿estáis dispuesta a escuchar las palabras más importantes que pronunciaré en mi vida?

—Hablad.

—Desde que os vi por primera vez, vuestra imagen quedó grabada en mi alma. Comprendí entonces que os necesitaba, que la vida me parecería en adelante gris y triste sin vos.

—¿Y por eso urdisteis, de acuerdo con vuestro sobrino, la estratagema que me trajo aquí?

—Exactamente. No podía enseñarme a perderos...

—Al menos habláis con sinceridad.

—Yo creía que los lazos que os unían a Carlos eran fáciles de romper; suponía que se trataba solamente de ligaduras hechas por un capricho pasajero. Y alimenté la esperanza de que cuando estuviérais aquí, mimada y obsequiada como una reina olvidaríais fácilmente.

—Os equivocasteis...

Lo comprendí al poco tiempo de teneros a mi lado. Vi entonces claramente que lo que sentíais por mi sobrino no era capricho pasajero, sino verdadero amor. Traté de retroceder, pero era ya demasiado tarde.

—¿Y por qué, si sois tan bueno, tan generoso, no me dijisteis la verdad?

—Por generosidad, precisamente... Me parecía cruel destruir la confianza que en él habíais puesto; me parecía una infamia matar vuestra esperanza. Esperé. Me dije a mí mismo: "Quizá el tiempo aleje a Carlos de su pensamiento." Visteis que os he tratado como una hija, con todos los respetos que para con una hija pudiera tener...

—Eso os lo agradeceré siempre.

—Y pensad, Emma, que yo os amaba, que os amo... pensad que, muchas veces, antes de ir a vuestro lado, tenía que ordenarme a mí mismo guardar silencio; que, en vuestra presencia, había de dominar mis impulsos con un esfuerzo titánico, para que las palabras indiscretas no saliesen de mis labios.

—Nunca lo sospeché.

—Soy diplomático y sé fingir... Esperaba este día de hoy, con anhelo y con temor al mismo tiempo. Hubiera seguido callando todo el tiempo que fuese necesario... Pero habláis de marcharos, Emma, habláis de dejarme solo con vuestro recuerdo. ¡Y esa idea no puedo soportarla!

—Sin embargo, me marcharé.

—¡No, Emma, os lo suplico... no os marchéis! Comprendo que he obrado mal, que os he hecho daño, queriendo haceros bien, y os ofrezco una reparación... Emma, ¿queréis hacerme el honor de ser mi esposa?

—Nunca podría amaros, Sir Guillermo.

—No es amor lo que os pido...

Callaron de nuevo los dos. En el cielo, sin nubes, brillaban las primeras estrellas.

V

Muchas horas, muchos días de dudas y vacilaciones. La proposición de Sir Guillermo no había vencido a Emma, pero la había suavizado. Su conversación con él, en aquel atardecer de octubre, le había hecho ver que de los dos hombres que juzgaba sus verdugos, sólo uno lo era verda-

deramente: Carlos Greville. El otro era bueno, generoso y justo. A medida que la cólera se disipaba en ella, iba recordando, ya sin nubes de odio, la perfecta caballerosidad del diplomático, quien, como él decía, había tratado a la joven como si fuese su propia hija.

Pero de hacerle justicia a su protector, a casarse con él, mediaba un abismo. Sir Guillermo era ya un hombre maduro. Le llevaba a ella muchos años. No podía despertar en Emma el amor de la juventud, aunque Greville no hubiese existido. ¿Podría amarle como una esposa debe amar a su marido?

Siempre que para sí se hacía esta pregunta, la respuesta de su conciencia era la misma: ¡No! Hasta el trato que había recibido de Sir Guillermo, el respeto que desde el primer día le había inspirado, la impulsaba a ver en él un padre y no podía acostumbrarse a la idea de convertirlo, de buenas a primeras, en pretendiente.

Un día, sin embargo...

Emma había cogido pluma y papel, y se disponía a escribir a Carlos Greville un alarga carta reprochándole su proceder, vertiendo en el papel las hieles de su alma.

Escribió el encabezamiento: Carlos... Y después, quedose pensativa.

¿Por qué sufrir la humillación de escribir aquella carta? Ahora, pensándolo fríamente, tenía la seguridad de que Carlos se reiría al leerla, con una risa de triunfador, y seguramente las líneas trazadas siguiendo el dictado del corazón, servirían de mofa al mal caballero y a sus amigos... o amigas.

¡No! Lo mejor era emplear sus propias armas; las ar-

mas del engaño y la astucia, y herirle con ellas, haciéndole sufrir lo que ella había sufrido, lo que sufría aún.

Reflexionó... Si Greville había realizado todo aquel plan maquiavélico de arrojarla en brazos de su tío, era porque le convenia que su tío tuviese una amante, para que, un día u otro, no se le ocurriese la idea de casarse y desviar así hacia otros herederos la fortuna que el miserable ya creía segura.

En realidad, el plan no estaba mal combinado. Pero Greville no había contado con el gran poder de seducción de los encantos de la muchacha, ni con la hidalga caballerosidad de Sir Guillermo... Aquellas dos fuerzas que él no había tenido en cuenta, habían hecho posible la proposición del diplomático. Emma, en el momento que quisiera, podría aceptar la mano de Sir Hamilton y vengarse así, del modo más cruel, de la infamia de que había sido víctima.

¿Y por qué no hacerlo? Cuando se ha recibido mucho daño, la venganza es un placer de dioses...

Por primera vez, desde el primero de octubre, Emma se sonrió. Su mano, firme, segura, tachó el nombre de Carlos que había escrito en el papel, y escribió al lado, muy despacio, recreándose en cada letra:

"Querido sobrino."

Su decisión estaba tomada.

Unos momentos después Sir Guillermo estaba ante Emma.

—Os he llamado—le dijo ella—para dar una respuesta a vuestra declaración de amor.

—¿Vais a hacerme feliz o desgraciado?

—Mi intención es daros toda la felicidad que merecéis.

—Hablad, pues.

—El otro día me pedisteis que fuese vuestra esposa... Estoy dispuesta.

—¡Oh, gracias, Emma! No esperaba menos de vos...

—Pero antes vamos a concretar bien las cláusulas de nuestro contrato.

—Os escucho.

—Me dijisteis que no era amor lo que me pedíais...

—Eso dije. Comprenda que un viejo no puede despertar el amor en el corazón de una niña... Me basta con amaros yo, y os prometo hacerlo por los dos.

—Habláis noblemente... Yo, a mi vez, os prometo poner de mi parte todo lo posible para conseguir ser una esposa ejemplar. Siento por vos el cariño que una hija sentiría por su padre... Deciros otra cosa sería mentir.

—Es más de lo que yo me atrevía a pedirlos, Emma.

Con pompa extraordinaria se celebró la boda; y así, la hija de una cocinera llegó a ser Embajadora en una corte espiada con mirada codiciosa por Inglaterra y Francia... Y pasó el tiempo.

En el pequeño reino de Nápoles todos olvidaron el origen de Lady Hamilton para ver sólo en ella a la Embajadora, siempre elegantísima, siempre gentilísima, que en todos los salones ponía la nota amable de su elegancia y su distinción. Tenía franca entrada en Palacio, y la Reina María Carolina, hermana de María Antonieta, la esposa de Luis XVI de Francia, la honraba con su amistad.

Cierta día, Sir Guillermo Hamilton llegó a su casa más caldo, más avejentado que de costumbre. Un poco alarmada, Emma corrió hacia él:

—¿Qué tenía? ¿Os sentís mal?

—Estoy solamente cansado... Esos malditos franceses, con su infernal revolución, están envenenando toda Europa.

—Descansad, entonces. Y pensad que estamos en Nápoles, en seguridad, y no en Francia, en peligro.

—Se me olvidaba. Hay un joven oficial de marina esperando en mi despacho... ¿Queréis verle en mi nombre?

—Con mucho gusto, Sir Guillermo... si me prometéis descansar.

—Os lo prometo. Sois una gran ayuda para mí en estos momentos difíciles, Emma.

Y mientras que el diplomático subía penosamente las escaleras que conducían a sus habitaciones, su esposa se dirigía al despacho del Embajador. Pero un criado salía de allí en aquellos momentos y le dijo:

—Es inútil que entre la señora. El capitán Nelson dice que su asunto es urgente y para tratado con el Embajador... solamente.

—Entonces que se espere. Sir Guillermo no puede ser ahora molestado.

Y volviendo la espalda a la severidad del despacho oficial, Emma se fué a la terraza. Y allí, sentada junto al arpa, bajo la serenidad del cielo napolitano, cantó una de sus canciones favoritas.

Cerca estaba la terraza del despacho del Embajador, y el marino, que en él esperaba, y que no era otro que Horacio Nelson, el que más adelante debía llegar a ser la glo-

ria más grande de Inglaterra, atraído por aquella voz tan llena de suaves modulaciones, traspuso una puerta, luego otra, y se presentó en la terraza.

Emma dejó de cantar. El capitán Nelson se inclinó ante ella reverentemente, y Lady Hamilton, con una sonrisa amable en los labios, le preguntó:

—¿De modo que sois vos el impaciente capitán que rehusaba ver a la Embajadora?

—El mismo, milady. Y ya veis que, a pesar de mi impaciencia, estaba felizmente destinado a conoceros.

—Nunca podremos saber lo que el destino nos reserva, capitán Nelson.

Y, saludando gentilmente, Lady Hamilton se entró en la mansión, dejando en la terraza al bravo marino.

Antes de seguir adelante, vamos a tratar de presentar, en breves líneas, a este hombre ilustre que tan gran papel desempeñó en la Historia. Para ella, nos retiramos discretamente y cedemos la palabra a uno de sus biógrafos. El cual se expresa así:

“El carácter de Horacio Nelson es una confusión extraña de singularidad y de grandexa. Su principal defecto, tal vez el único, consistía en dejarse llevar muchas veces de una vanidad y de un odio pueriles; porque no parece sino que los grandes espíritus tienen también sus sombras, como los astros tienen su occidente.

“Por lo demás, su vida es un acachado modelo de marino, ora manteniendo una disciplina admirable, ora cuidando por sí mismo de los pormenores más minuciosos del servicio náutico, sanitario y militar.

"En las grandes circunstancias, escribía con elocuente concisión órdenes del día, partes y comunicaciones. Los oficiales y la marinería le adoraban."

VI

Siguieron años trágicos para el mundo... cuando una muchedumbre y una canción conquistaban el país de Francia...

La Revolución francesa venía incubándose desde hacía muchos años. Después de Luis XIV, Francia presentaba el siguiente espectáculo: el regente y Dubois; Luis XV y Fleury; la Pompadour, la Dubarry y el abate Terray; he aquí el gobierno; Law, he aquí el hacendista; la guerra de Polonia, la guerra de sucesión de Austria, la guerra de los "siete años", la pérdida del Canadá, de Luisiana y de la India; he aquí los resultados de aquella anarquía profunda.

Sin embargo, en esta época quedaron unidas a la monarquía: Lorena, en 1735; Córcega, en 1768 y la ciencia y la filosofía recibieron extraordinario impulso con la aparición de Diderot, D'Alembert, Montesquieu, Voltaire y Rousseau.

Tal era el estado de Francia cuando estalló la memorable revolución de 1789.

Destruído el viejo edificio, establecida una nueva Constitución, abolidos la nobleza, los privilegios, las órdenes monásticas, los Parlamentos, los tribunales y las jurisdicciones; suprimidas las antiguas provincias y dividido el

reino en ochenta y tres departamentos, no tardó mucho tiempo en caer la monarquía.

Luis XVI y María Antonieta subieron las gradas del patíbulo; sus cabezas rodaron por el suelo y la república quedó establecida en el territorio de Francia.

Coaligadas luego las potencias extranjeras, levantóse la nación en masa; organizáronse en brevisimo tiempo en trece ejércitos de la república; lanzáronse a las fronteras, y los límites de Francia fueron bizarramente conquistados.

Este engrandecimiento del territorio era luego aceptado como legítimo por la Europa entera, en tanto que, en el interior, pagaba la aristocracia francesa sus iniquidades de dos siglos.

Pero el sistema de la violencia y del terror trajo fatalmente su reacción; la Cámara convencional fué sustituida por un Directorio; el Directorio se hizo Consulado; el Consulado, imperio, y éste, después de llevar a todas partes la guerra de conquista y de engrandecer a Francia con la adquisición de ciento treinta departamentos, quedó sepultado por entonces en la famosa isla de San Elena.

Tal estado de cosas forzosamente había de repercutir en el diminuto reino de Nápoles, donde la corte de María Carolina se hallaba entre dos fuegos: amistad a Inglaterra, pero temor al poder de Francia.

Cierto día, poco después de estallar en París la revolución, Sir Guillermo se presentaba en Palacio y solicitaba ser recibido por la Reina. Hallábase ésta con varias damas de su corte, y entre ellas, en lugar preferente, lady Hamilton, la esposa del Embajador de Inglaterra. Se comentaba,

un poco frívolamente, las noticias del día, cuando Sir Hamilton fué introducido en la sala.

La Reina le tendió la mano, que él besó, ceremonioso; y la angusta dama se apresuró a preguntarle:

—¿Qué sucede, Sir Guillermo? Algo muy trascendental, sin duda, para que hayáis solicitado audiencia a esta hora.

—En efecto, Majestad... La noticia que traigo no puede ser más trascendental. ¡Inglaterra ha declarado la guerra a la República francesa!

—¿Habláis en serio?

—En serio, señora.

—¡Oh, qué alegría, Sir Guillermo! ¡Ahora vuestros compatriotas meterán en cintura a esos descamisados del Terror!

—Me temo que el remedio llegue un poco tarde, Majestad...

—¿Qué queréis decir?

—Que cuando los ingleses pongan el pie en Francia si lo llegan a poner—esos bárbaros de la Convención habrán puesto fin a sus fechorías... por falta de material humano.

Y al decir esto, el rostro de Sir Guillermo se ensombreció. No pasó desapercibido el cambio para la Reina, y, presagiando una desgracia que mucho temía desde hacía algún tiempo, le preguntó al Embajador con ansiedad:

—¿Sabéis algo nuevo? Me parece notar que tenéis que decirme mucho más de lo que me habéis dicho...

—Y no os engañáis, señora...

—Hablad, pues... ¿Qué esperáis?

—El asunto es tan delicado, que...

—Comprendido—dijo la Reina. Y volviéndose a sus damas, les indicó con un gesto que la dejaran sola. Iba a salir también Lady Hamilton, pero la Soberana le suplicó:

—Vos no, Emma... Quedaos. Sabéis que para vos no tengo secretos.

Y encarándose con el Embajador, le dijo:

—Podéis hablar ya, Sir Guillermo.

—Tengo que deciros que vuestra hermana... la Reina María Antonieta...

—¿No, no! ¿No iréis a decirme que... la guillotina...?

—Hubiera querido no ser portador de tan dolorosa noticia, señora.

—¿Entonces... es verdad?

—Desgraciadamente, sí.

Llorando desconsoladamente, la Reina se dejó caer en un sillón. A su lado, Lady Hamilton le prodigaba, en vano, palabras de consuelo.

Sir Guillermo se acercó a su esposa y puso un pliego en sus manos, diciéndole en voz baja:

—Es el relato de los últimos momentos de María Antonieta. Si lo creéis oportuno, leedsele; si no, leedlo para vos.

Aquella noche, sola en sus habitaciones, Lady Hamilton, leyó el pliego que le entregara su marido. Era, en resumen, la historia de María Antonieta, desde los comienzos de su popularidad hasta su muerte.

Decía así:

"María Antonieta Josefa Juana de Lorena-Austria, Reina de Francia y esposa de Luis XVI, nació en 1755, y fué

hija de María Teresa y de Francisco I, Emperador de Alemania.

Conducida a Francia en 1770, se casó con el Delfín, después Luis XVI, y cuando llegó a ser Reina, después de muerto Luis XV, se entregó a toda la ligereza de su carácter, despreciando las leyes de la etiqueta, y todo lo que en la corte de Francia se llamaba "conveniencias".

Rodeada de partidarios de los abusos del antiguo régimen y dominando a su débil esposo, impidió todas las reformas, que hubieran podido retardar o hacer menos terribles los efectos de la revolución, y le hizo cometer repetidas faltas. Se hizo objeto de odio popular, y estuvo a punto de ser muerta por el pueblo, el 6 de octubre de 1791; siguió entonces a Luis XVI a las Tullerías, le decidió luego a emprender el malhadado viaje de Marennes, después de haberle hecho pedir auxilio a las demás potencias, y dirigió en las Tullerías los preparativos de defensa del 10 de agosto.

Encerrada después en el Templo por su familia, fué trasladada el 2 de agosto de 1793 a la Conserjería, compareció el 2 de octubre ante el tribunal revolucionario, en el que se defendió con nobleza y dignidad, siendo condenada a muerte y ejecutada en la plaza de la Revolución el 16 del mismo mes.

Una serie de folletos, en que se ponían de relieve la impopularidad y el orgullo de María Antonieta; y, sobre todo, la famosa "aventura del collar", a cuyo asunto se asoció su nombre, acabaron de poner al público en frente de la esposa de Luis XVI.

Su altanería no pudo ver con calma aquella aversión,

y así fué que, a los primeros síntomas revolucionarios, en vez de adoptar una política conciliadora y prudente, hizo gala de sus opiniones contrarias a la revolución, como lo demostró su conducta observada en el banquete de los guardias de corps, cuya actitud hostil acabó de perderla en el ánimo público, y si no en el ánimo público, en las pasiones revolucionarias.

Después del 5 y 6 de octubre de 1789 y del 20 de junio de 1792, su antigua entereza desfallegió visiblemente, y este decaimiento del espíritu fué el gran pecado de María Antonieta, porque el orgullo es en política un enemigo menos peligroso y desleal que el miedo.

Los trabajos de Robespierre, desde el proceso de Luis XVI, tendían a que, apartándose todas las miradas de la desgraciada princesa, hiciese el olvido oficios de piedad.

"Las revoluciones, decía, son extremadamente crueles, y no respetan edad ni sexo. Si mi cabeza no fuese necesaria a la revolución, hay instantes en que la ofrecería al pueblo en cambio de una de las que nos pide."

Pero el parecer de Robespierre no estaba de acuerdo con el sentir revolucionario, si se admite que al delirar pueda darse el nombre de sentir.

El temor hace al hombre egoísta, lo mismo que la prosperidad, y el pueblo temía demasiado acerca de su suerte futura, para que pudiese ser humano con sus enemigos.

A despecho de la política de Robespierre, triunfó nuevamente la más extremada de las tiranías: la tiranía del terror. Por esto sucede que la debilidad es siempre cruel, lo cual consiste en que pretende parecerse a la fortaleza,

haciendo con la crueldad lo que no pudo hacer con la virtud.

Es el ciego que ve la noche donde no puede ver el día. Es la ceguera del espíritu, que ve las tinieblas donde no puede ver la luz, que pone el odio donde no puede ver el amor.

Desde el 6 de diciembre de 1792, Bouthotte había pedido ya que se declarase a María Antonieta en estado de acusación, cuya demanda no tuvo efecto.

En enero del año siguiente, las ciudades de Macon y Laval pidieron con instancia que se formase el correspondiente proceso, y el mismo Robespierre se vió obligado a proponer que se entregase al tribunal revolucionario (27 de marzo y 10 de abril de 1793).

El 1.º de agosto fué entregada al terrible jurado.

A la noche siguiente, mediante un decreto de la Convención, se trasladó del Templo a la Conserjería.

El 3 de septiembre sufrió el primer interrogatorio acerca de su intento o conato de fuga, en que aparecía como cómplice Michonis, administrador de justicia.

La Convención y todos los clubs, especialmente el de los "jacobinos", manifestaban su extrañeza por la lentitud con que se instruí el proceso, hasta que Fouquier-Thionville manifestó los temores del pueblo sobre la evasión de la "Austriaca", en 11 de octubre (19 Vendimiario del año II).

A consecuencia de esta denuncia, el 21 Vendimiario, a las seis de la tarde, volvía la ex Reina a sufrir interrogatorio secreto, dirigido por el presidente Hermon.

El 23 compareció la acusada ante sus jueces. Su defensa estaba a cargo de los jurisconsultos Tronson Du Coudray

y Chauveau Lagarde, que la desempeñaron leal y valerosamente; pero el acusador público era Fouquier, y excusado parece decir que el tigre no dejaría escapar su presa.

Entre los ultrajes, feos y odiosos, con que Fouquier y Hebert agobiaron a la acusada, la echaron en rostro haber bastardeado las costumbres de su propio hijo, María Antonieta, convirtiendo en palabras los latidos de su corazón lastimado, dijo sencillamente: "Apelo al testimonio de todas las madres", frase sublime, que vale la vida de una generación.

Robespierre, al saber los detalles de aquel juicio, exclamó indignado:

—¡Imbéciles! Se empeñan en hacer de ella una Agripina, dando a sus últimos momentos el triunfo de la compasión pública.

Después de diez y ocho horas de debate, los jurados entraron en la sala de las deliberaciones, en donde estuvieron una hora. El veredicto de culpabilidad fué unánime. María Antonieta permaneció impasible al oír pronunciar el fallo, como si su alma se hubiese provisto del menosprecio de la vida, o como si el cielo reflejara sobre su frente la doble aureola de la heroína y de la mártir.

A las cuatro de la mañana del 25 Vendimiario (16 de octubre), fué conducida nuevamente a la Conserjería y relegada al departamento de los sentenciados. Allí escribió una larga carta a su hermana, oró algunos instantes y pasó en apacible sueño unas cuantas horas.

Hecho esto, abrazó a la hija del alcaide, se cortó el cabello, se dejó atar las manos sin murmurar, y salió de

la Conserjería sin dar la menor muestra de debilidad ni desfallecimiento.

Vamos a recordar dos hechos para enseñanza de los inadvertidos y para consuelo de los avisados. Pronuncian contra una mujer la sentencia de muerte, y aquella mujer duerme tranquila. La sepultan en una cárcel, y da un abrazo a la hija del carcelero. Al bajar la escalera del patio, vió la carreta que debía conducirla, en lugar del coche cerrado que condujo al Rey, y se paró un instante, como dominada por el sentimiento de indignación que causa una afrenta; pero hubo de comprender que Fouquier-Thionville no era hombre para revestir sus crueldades con el decoro de la decencia, ni aun con la decencia de la cortesía. Una vez repuesta contra el pavor que producen ciertos insultos, sobre todo, los insultos groseros, subió sin vacilar a la carreta ignominiosa. La monstruosidad es lo único que puede recibirse del monstruo, y María Antonieta baja la cabeza en señal de resignación.

Al subir al carro de la vergüenza, un sacerdote juramentado le ofreció sus oficios espirituales, que la sentenciada no aceptó. A pesar de esta negativa, el clérigo subió a la carreta y se sentó detrás de nuestro personaje.

Este clérigo era el abate Sothringer.

Los gritos de "¡Viva la República!", ¡paso a la "Austriaca!", "¡paso a la viuda del "Capeto"!", acompañaron a María Antonieta hasta la plaza de la Revolución, en donde se alzaba la guillotina.

Al pasar frente a las Tullerías, María Antonieta volvió los ojos a su antigua morada y una lágrima abrasadora rodó por su mejilla.

Transeurrido un momento, subía las gradas del caldoso con solemne altivez. Cuando las subía, dice la historia, pisó a Sansón, el famoso ejecutor de sentencias, a quien dijo con grave dulzura:

—*Pardon, mon frère.*

La majestad es magnífica siempre; pero no es nunca tan magnífica como en la hora de morir. La fisonomía de María Antonieta no reflejaba, como la de Luis XVI, la anticipada mansedumbre del justo; sino el menosprecio hacia los hombres y la impaciencia de deshacerse de una vida tan afrentada.

Corre a la báscula con frenesí, como si viese en el verdugo su único consuelo, como si sintiera por el verdugo una especie de amor, y su cabeza cayó instantáneamente en la canasta de la guillotina.

Un ayudante del verdugo cogió la cabeza y la mostró al pueblo, en tanto que la Revolución se creyó vengada."

VII

Cuando Lady Hamilton terminó la lectura de los pliegos llegados de Francia, la claridad del alba entraba por la ventana de su alcoba.

Lloraba Emma. Su alma de mujer se identificaba con el dolor de aquella otra alma femenina, que tanto había sufrido antes de poder libertarse de la envoltura corporal.

Afortunadamente, aquellos pliegos habían caído en sus manos antes de en las de María Carolina, y así, la Reina de Nápoles podría aborrazarse la pena de leer, con tan mi-

nuñosos detalles, los últimos momentos de su amada hermana. Quizá un día los conociera, pero entonces, cicatrizada ya, o a punto de cicatrizarse, la herida, su lectura no le produciría un dolor tan vivo como ahora.

Y, pensando de ese modo, Lady Hamilton rompió en menudos pedazos los pliegos llegados de París.

Se deslizaron los meses, los años.

La Revolución francesa no era ya una oleada de terror. Se había consolidado, se había suavizado, y después, sobre sus cimientos de libertad y derechos humanos, un hombre empezaba a levantar el edificio ostentoso de un gran imperio.

Nos parece excusado decir que ese hombre era Napoleón Bonaparte.

Soldado de la Revolución, había tenido un día la visión del engrandecimiento de Francia por medio de las guerras de conquista. Y desde aquel instante, todos sus esfuerzos se encaminaron a conseguir tal objetivo. Hombre de sangre fría, de tenacidad inquebrantable y de voluntad de acero, logró imponerse a las masas revolucionarias, fatigadas ya de la prolongada orgía de sangre, e hizo de ellas un ejército disciplinado y poderoso, que pronto se convirtió en la amenaza de Europa.

¡Las águilas romanas volvían a tender su vuelo sobre el mundo!

Pero Napoleón tropezaba con un obstáculo, que era como barrera colocada entre él y la victoria final: Nelson.

Una vez victorioso, otra vez vencido, paseaba por los mares, orgullosamente, el pabellón de Britania.

Ya no era el mismo capitán, joven, fuerte y pulcro,

que conocimos en la Embajada de Inglaterra en Nápoles, cuando, galantemente, se inclinó ante Lady Hamilton. Era otro hombre muy distinto. Los años transcurridos, no tanto como las preocupaciones del mando, habían puesto ceniza en su cabeza; una hala le había privado del brazo derecho, y una explosión había estado a punto de dejarle ciego. En cambio, en su uniforme brillaban las insignias de Almirante.

Sus barcos eran los perros que defendían el Mediterráneo contra los ataques de Bonaparte. Pero eran, en verdad, unos perros tan maltrechos como su amo.

El poder de Francia se iba extendiendo de confín a confín del Mediterráneo, y, uno por uno, iban cerrándose los puertos para Nelson. No se le presentaba batalla, pero, en cambio, se le obligaba a sucumbir de hambre.

En el "Vanguard", la capitana de la escuadra, como en los otros buques menores, faltaban los víveres de un modo alarmante, y los pocos que había hallábanse en tal estado de descomposición, que los marineros, hambrientos y desfallecidos como estaban, no osaban comérselos.

Cierta día, Nelson se hallaba en su camarote, estudiando las cartas de navegación, cuando su hombre de confianza, el capitán Hardy, se cuadró militarmente ante él, y le dijo:

—Os ruego que subáis al puente, señor. Sólo vuestra presencia puede impedir que la marinería exteriorice su descontento.

—¿Qué sucede ahora, capitán Hardy?

—Lo de siempre... Los hombres pierden cada día una

esperanza, y, poco a poco, el espíritu de rebeldía va penetrando en ellos.

—¿Pero, concretamente?...

—Ahora es el agua... luego será la comida.

—¿Qué ha sucedido con el agua?

—Sabéis que durará escasamente cuatro semanas, y eso acortando mucho las raciones. Y los hombres se mueren de sed... Ahora mismo, uno de ellos, después de haberse bebido su ración, entró violentamente en la fila y se arrojó de bruces sobre el recipiente...

—¡Bien! Vamos arriba.

Cuando Nelson y el capitán Hardy subieron al puente, la calma se había restablecido, y los marineros, resignados, aceptaban su exigua ración de agua, desfilando ante el hombre que, uno por uno, iba vertiendo unas gotas en sus tanques.

En aquel instante sonó la campana llamando a los tripulantes al comedor. Nelson descendió también, deseoso de comprobar por sí mismo el estado en que se hallaba la moral de sus hombres.

El cuadro que presenció, entenebreció aun más su alma. Ante los platos de comida, los marineros, hambrientos, se arrojaban de primera intención sobre ellos, con el propósito de devorar su contenido. Pero después de probar las viandas, las escupían con un gesto de asco y se quedaban sin comer.

¡Y lo que sucedía en el "Vanguard", sucedía en todos los barcos de la escuadra!

Nelson salió del comedor de los marineros con el ánimo

mo entristecido. De nuevo sobre el puente, le dijo a Hardy, que, silencioso, le acompañaba:

—¡Esto no puede continuar así! ¡Hay que buscar a toda costa el medio de resolver esta situación!

—¿Pero qué hacemos, Excelencia? ¿Dónde encontrar los víveres que necesitamos?

—En alguno de los puertos del Mediterráneo.

—¿Pero no sabéis que todos están cerrados para nosotros?

—Lo sé... y, sin embargo, espero que alguno de ellos nos abrirá sus puertas, aunque nada más sea por humanidad.

—Una palabra que vale bien poca cosa en estos tiempos, Excelencia.

—¿Quién sabe, Hardy, si en Nápoles tendrá más valor del que vos os figuráis!

—¡Así sea, señor!

—Haced que transmitan un mensaje a la escuadra: que todos los buques pongan proa hacia Nápoles.

Fué cumplida fielmente la orden del Almirante, y un poco después, todos los navíos de la escuadra inglesa del Mediterráneo, con las velas hinchadas por una fresca brisa, emprendían la ruta de Nápoles.

Los años transcurridos no habían traído para el pequeño reino dormido sobre el golfo, como para Nelson, cambios sensibiles. La vida seguía deslizándose allí languidamente. Sólo en el campo de la política, como sucedía al mismo tiempo en todas las cortes europeas, grandes y pequeñas, reinaba inusitada actividad.

Nápoles continuaba unido a Inglaterra por sólidos la-



Elma escote siempre al lado del marino...



- ¿No querías cantar para mí una última canción?



El Almirante se arrodilla junto a ella y...



—Y así, Neman, atraído de nuevo por las virtudes bellotas...



En agros de Trafalgar se empujaban las dos escuadras...



« ¡Al abordo! »



Nélaun, mortalmente ferido...



São alguns dos feridos mortos pela China

zos de amistad: pero era una amistad que debía esconder como delito, para no suscitar el odio de Francia, representada allí por el ciudadano Fontaine, que tenía buen cuidado de que Fernando, el Soberano, conservase mucho tiempo el temor que la República le inspiraba.

En su Embajada, Sir Guillermo Hamilton y su esposa continuaban disfrutando del favor de los Reyes, a pesar de que las circunstancias no eran muy propicias para ello.

Emma seguía queriendo y honrando a su esposo; pero cada vez más, a medida que Sir Guillermo iba siendo víctima de los achaques de la vejez, el cariño de ella acentuaba su característica de cariño filial. No, Sir Guillermo no sería nunca para ella un marido; cuanto más tiempo pasase, más se alejaría esa posibilidad.

Y Emma era joven, y se consumía en ansias de amar. Naturalmente, por dignidad, había excluido de sus recuerdos la imagen de Carlos Greville, y, a la sazón, el Honorable no era más que una sombra en su vida.

Pero otro hombre alcanzaba el primer plano en la pantalla de sus recuerdos: el capitán Nelson, a quien no había olvidado desde su corta entrevista con él en la terraza de la Embajada, y cuyos triunfos había seguido desde lejos, con el ánimo cada vez más inclinado hacia la admiración. Y ya es sabido que la admiración suele ser el umbral del amor...

Una tarde, Lady Hamilton y Sir Guillermo se hallaban en la sala de la Embajada cuyo amplio ventanal daba sobre el golfo.

Emma, siguiendo su costumbre, dejaba vagar su vista

y su fantasía por el mar que se tendía ante ella, y las horas pasaban así rápidas y silenciosas, como en el dominio del sueño.

De pronto, la mirada de Lady Hamilton dejó de vagar y se posó en un punto fijo; en una vela que acababa de aparecer en el horizonte. Al principio no prestó gran atención a su descubrimiento, y se limitó a seguir las evoluciones del navío con la insignificante curiosidad que despierta un barco que llega.

Pero a medida que la nave se iba acercando, iba Emma reconociendo, por sus líneas y por la forma y disposición del velamen, que se trataba de una fragata de guerra.

Corrió en busca del catalejo, y ya en posesión de éste, examinó detenidamente el buque, no tardando en descubrir en él la bandera inglesa y las insignias del Almirante. Se volvió entonces a su marido:

—¡Es el "Vanguard"... la capitana de Nelson!

Sir Guillermo dió un bote en el sillón donde se hallaba muellemente sentado, y corrió al lado de su esposa con la agilidad que sus piernas reumáticas le permitían.

—¿Será posible?—dijo—. Déjame, déjame el catalejo...

Se puso a mirar, y sus ojos no tardaron en descubrir la verdad. ¡Era la capitana de Nelson!

Sir Guillermo se puso a pasear por la estancia, agitadísimo.

—¿Pero ese hombre se ha vuelto loco? ¡A quién se le ocurre venir aquí... aquí!

—Quizá le suceda algo muy grave—repuso Emma.

—¡Aunque así sea! El sabe perfectamente que Nápoles

ha cerrado sus puertas a Inglaterra... De ningún modo puede anclar aquí. Sería un serio conflicto.

—¿Y cómo impedirlo?

—Yendo al encuentro de su barco. No hay otra solución.

—¿Pero vas a ir tú?

—Sí... y ahora mismo.

—Espera entonces. Déjame ir contigo.

El navío acababa de arriar sus velas y se mantenía inmóvil en la bahía. Fue divisado por el vigía del barco el pabellón de la lancha, y, avisado el capitán Hardy, éste obligó a formarse a sus hombres para rendir honores al Embajador y a su esposa.

A primera vista, con sus uniformes brillantes, con su aspecto marcial, los tripulantes del "Vanguard" no reflejaban la miseria de que eran víctimas. Solamente sus rostros macilentos, sus miradas sin brillo, pregonaban los desastrosos efectos del hambre y de la sed. Pero eso, sólo un observador minucioso podría descubrirlo.

Lo importante era preparar el golpe de efecto; que la primera impresión no fuese desoladora para el representante de la Patria en aquellos países remotos. Y el efecto estaba conseguido.

Cuando Sir Guillermo Hamilton puso el pie en la fragata, quedó gratamente impresionado. Las trompetas y los tambores de a bordo sonaban en su honor, y la dotación del buque presentaba armas, tan gallardamente como pudiera hacerlo en una revista ante Sus Majestades.

El capitán Hardy se adelantó al encuentro de los recién llegados, y ante ellos se inclinó ceremoniosamente;

que los marinos de la época no olvidaban nunca, ni aun en las circunstancias más graves, las reglas de la cortesía.

Después de los saludos de rigor, Sir Guillermo preguntó:

—Capitán Hardy, ¿dónde está el Almirante Nelson?

—Si Vuestra Excelencia se toma la molestia de aguardar un momento, iré a buscarle.

Se inclinó el Embajador, y el capitán entró en la cámara del Almirante. Un poco después salió acompañado de éste.

Nelson, saludando al Embajador con una inclinación de cabeza, se acercó a Emma:

—¿No me reconocéis, señora?

—Sí, Almirante —respondió Lady Hamilton. Y su mirada se hizo dolorosa al contemplar el estado en que se hallaba aquel aguerrido capitán Nelson, que ella había conocido años atrás; con cabellos grises en la cabeza, con un brazo de menos, con los ojos medio destruidos por la pólvora...

A pesar del cuidado que puso Lady Hamilton para no dejar traslucir sus impresiones, ellas no pasaron desapercibidas para el Almirante, quien, sonriendo con triste ironía, le dijo:

—No me han dejado muy entero, señora. Estoy tan maltratado como mi barco.

Ella protestó:

—Creo que vos y vuestro barco son el espectáculo más noble que mis ojos han tenido el honor de contemplar.

—¡Gracias, milady!

Pronunció Nelson estas dos palabras con voz entrecortada, que la emoción hacía temblar ligeramente.

En aquellos momentos, uno de los que montaban la guardia en el puente, cayó al suelo como herido por un rayo. Era un tamborcillo, todavía imberbe, todavía un niño. Nelson, Lady Hamilton, Sir Guillermo y el capitán Hardy corrieron hacia él.

El tamborcillo yacía en el suelo sin conocimiento, y el almirante se arrodilló a su lado, lo incorporó con su único brazo y apoyó en su rodilla la cabeza del desgraciado. Después se volvió a Lady Hamilton:

—Es el escorbuto, señora. La flota entera está hambrienta... mis hombres se mueren como moscas.

—¿Es de veras eso, Almirante?

—Desgraciadamente, sí, milady... No tengo agua, comida de víveres; los pocos que guardan mis barcos no se atreverían a comerlos los perros hambrientos de los caminos. Soy, señora, el indigente de los mares!

—¡Pero eso es terrible!

—¡Terrible, en efecto!

—¿Y qué remedio pensáis poner a tal situación?

—Vengo a Nápoles con la única esperanza de persuadir al Rey Fernando a que me permita proveerme de víveres y de agua en sus puertos.

Terció Sir Guillermo, con su autoridad de Embajador:

—¡Es inútil, Almirante! El Rey no consentirá. Un gesto de amistad hacia Inglaterra, y Francia no tardaría en caer sobre Nápoles.

—Eso no deja de ser una suposición vuestra, señor —repuso Nelson con tono un poco airado.

No pasó desapercibido para Sir Guillermo aquel tono altanero. Pero era diplomático, y la primera cualidad de un diplomático que como tal se estime, es la de ser comprensivo. Nelson era un soldado y, por añadidura, un soldado que había sufrido mucho. Nada de particular tenía, pues, que se rebelase contra el primer obstáculo que ponía ante él un representante de su patria, que, en medio de las comodidades de su mansión, no había conocido jamás las privaciones, las fatigas... ¡ni el hambre!

Por eso, con la entonación más suave que pudo emitir su garganta, repuso al marino glorioso de Inglaterra:

—Perdón, señor Almirante... Lejos de ser una suposición mía, es la realidad. Francia tiende sus tentáculos sobre Nápoles y le obliga a someterse a su voluntad.

—¡Yo romperé esos tentáculos!

—El día que lo logréis, Nápoles os lo agradecerá casi tanto como Inglaterra, pero entretanto...

—¿Entretanto, yo y mis hombres tendremos que morirnos de hambre, no es verdad? ¿No es eso lo que queréis decir?

—Excelencia...

—¡Pues tened cuidado! ¡Los lobos son leones cuando les acosa el hambre!

—Sin duda no me he explicado bien, Excelencia...

La discusión se agriaba por momentos, y Lady Hamilton creyóse en el caso de intervenir. Se dirigió a su marido:

—Guillermo, déjanos al menos que se lo roguemos al Rey.

—No he pretendido nunca negarme a ello. Sólo trata-

ba poner al Almirante en antecedentes de la verdadera situación.

—Disculpad entonces si he estado descortés, Sir Guillermo.

—No se hable más de ello... Y, con vuestra licencia, vuelvo a Nápoles a preparar la audiencia con Su Majestad.

Y, dichas estas palabras, el Embajador y su esposa descendieron de la fragata por la misma escalerilla que habían utilizado a la llegada. Un poco después, su lancha se perdía a lo lejos, en el puerto de Nápoles.

VIII

A la mañana siguiente Nelson era recibido en audiencia por Su Majestad el Rey Fernando. No era la audiencia que el Almirante deseaba, pero las circunstancias no dejaban esperar otra cosa. Con el soberano se hallaban sus cortesanos, partidarios del movimiento napoleónico, y, lo que era peor, el ciudadano Fontaine, enviado de Francia en la corte de Nápoles.

Nunca había sido el fuerte del Rey Fernando la voluntad ni la decisión, y en aquella ocasión quedó demostrado palpablemente.

Cuando Nelson penetró a su presencia, acompañado de Sir Guillermo Hamilton, el monarca miró disimuladamente al ciudadano Fontaine y bajó la vista al suelo cuando el enviado francés contestó a su mirada con otra muy signi-

ficativa, que bien podía ser un aviso de prudencia, bien una amenaza.

Ni para Sir Guillermo, ni para Nelson, pasaron desapercibidas aquellas miradas, y, desde aquel momento, el Almirante dió por perdida su causa. Acababa de adivinar que Fernando era sólo un instrumento manejado por Francia, por mediación de aquel ciudadano Fontaine, cuya sola presencia allí era ya una prueba de enemistad hacia Inglaterra.

Fernando le escuchó en silencio, visiblemente conmovido por el relato de tantos sufrimientos. De no haber estado sometido a ninguna influencia ajena, Nelson habría podido proveerse de cuanto necesitase en los puertos del reino. Pero allí estaban, recordándole su debilidad, las miradas frías metálicas, del ciudadano Fontaine... Y recobrando su aplomo, contestó al Almirante:

—Lo siento, señor. Pero no podemos violar nuestra neutralidad... Pedís un imposible.

Nelson tuvo un movimiento de cólera:

—¿Por humanidad, señor, no podéis dejar que mis hombres mueran por falta de alimento y de agua?

—Por humanidad, no puedo exponer a mis súbditos a una guerra—respondió el monarca.

—Pero no olvidéis que, si esa contingencia se presentase, contaríais siempre con la ayuda incondicional de Inglaterra.

—Prefiero no tener que necesitarla, señor Almirante.

—¿Es vuestra última palabra, Majestad?

—La última.

Nelson hizo ante el trono una reverencia brusca, de soldado y no de cortesano, y salió del salón.

En la sala contigua, con la ansiedad pintada en el rostro, denunciada por la nerviosidad de los movimientos, le esperaba Lady Hamilton. Al verle salir, en compañía de Sir Guillermo, corrió hacia él:

—¿Qué? ¿Os ha concedido el permiso?

—No, milady.

—¿Cómo es posible! ¿No ha emocionado al Rey el relato de vuestras desventuras, la situación de vuestros hombres?

—Las razones de Estado pesan más que la compasión, señora.

—¿Y qué vais a hacer ahora?

—Regresaré a Gibraltar... ¡Estoy vencido! ¡He hecho fracasar a Inglaterra!

—¡No! ¡Inglaterra no fracasará... no podéis consentir que fracase!

—¿Qué voy a hacer, milady? Estamos sin auxilio, sin provisiones, sin agua...

—Es verdad...

—Mis tripulaciones están extenuadas. Que esos hombres mueran combatiendo, poniendo en el mar el rojo de su sangre, es su deber, y ninguno se niega a ello. Pero obligarles a sucumbir de hambre, o consumidos por el escorbuto, es cruel e innecesario.

—Es verdad...

—Me retiraré... Napoleón quedará aquí sin obstáculo alguno, y sus navíos barrerán el Mediterráneo de uno a otro extremo,

Nada más se dijeron. Nada más podían decirse.

Emma le vió partir, erguido, altanero, colgando, vacía, una de las mangas de su uniforme. Y en sus bellos ojos se cuajó una lágrima.

Pero una mujer no se considera vencida con tanta facilidad como un hombre. Y menos, una mujer del temple moral de Lady Hamilton. Aun no había salido de Palacio al Almirante, cuando ella trocaba su gesto de pena en una sonrisa de triunfo. Acababa de concebir una esperanza: la Reina María Carolina.

Sin vacilar, corrió a las habitaciones de Su Majestad, que jamás estaban cerradas para ella, y una vez estuvo en presencia de la augusta dama, le dijo con tono suplicante:

—¡Señora, sólo vos podéis salvar la flota de Nelson!

—¿Qué sucede, Emma?

—El Rey se ha negado a prestarle auxilio... ¡Y en los navíos de la escuadra inglesa, los hombres se mueren de hambre y de sed, sin que nadie pueda impedirlo!

—Es muy triste lo que me contáis... Pero, ¿qué queréis que haga yo?

—¡Evitar esa inhumanidad!

—¡Imposible! Yo no puedo persuadir al Rey a que haga abrir los puertos de Nápoles.

—Entonces abridlos vos misma.

—¡Más imposible aún!

—No penséis una cosa, Majestad—y la voz de Lady Hamilton se hizo un susurro—. Si los franceses quedan victoriosos, ¿qué gracia podéis esperar... vos, una hermana de María Antonieta?

Había tocado la cuerda sensible. María Carolina, con

los ojos de la imaginación, revivió la fatídica guillotina, la cabeza de su hermana cayendo en la cesta con un ruido seco... Tuvo un estremecimiento.

Emma volvió a la carga:

—¿Si en vuestras manos estuyese el poder, no daríais sin vacilar la orden que os pido?

—Sí... si en mis manos estuyese el poder...

—¡Pues lo está! En vuestro contrato matrimonial, primero, y después en el acto del nacimiento de vuestro hijo, se os confirió la categoría de miembro del gabinete... **PO-DEIS FIRMAR ESA ORDEN.**

—¡No, no, de ningún modo! Sería un compromiso... Yo no quiero usar de mis prerrogativas.

—Majestad... se trata de la vida de muchos hombres...

Dejemos a las dos mujeres continuar su animada entrevista y ocupémonos del Almirante Nelson, que, de regreso en su fragata, hundido en profunda tristeza, esperaba la hora de la marca alta para hacerse a la mar.

Su viaje a tierra había aventado, como cenizas, sus últimas esperanzas. Ya nada le quedaba qué hacer. Sólo regresar a Gibraltar con el ánimo decaído del que no ha podido, o no ha sabido, vencer. ¡El Almirante Nelson, gloria de Inglaterra, huía de Napoleón!

Cuando empezó la subida de la marea, el capitán Hardy penetró en el camarote:

—¿Qué rumbo, señor?

—Sudoeste por oeste hacia Gibraltar.

—¿Manda algo más Vuestra Excelencia?

—Nada más, Hardy.

Tembló el buque bajo el ir y venir de los marineros,

que arriba, en cubierta, izaban las velas. Pronto éstas estuvieron extendidas en los palos de la fragata, y un momento el viento las azotó furiosamente.

En aquel instante, un marinero que, apoyado en la borda, contemplaba el lejano puerto de Nápoles, se acercó corriendo al capitán Hardy:

—¡Una lancha se acerca, señor!

El capitán se asomó y comprobó que, en efecto, una lancha se dirigía al "Vanguard" todo lo deprisa que lo permitía la fuerza de sus remeros. Se iba haciendo de noche, y Hardy, a pesar de su costumbre de bucear en la obscuridad, no podía precisar a quién la lancha pertenecía. Fue preciso que Lady Hamilton estuviese a bordo para que quedase satisfecha su curiosidad.

La dama, que llevaba en sus manos un pliego enrollado, se acercó precipitadamente al capitán:

—¿Y el Almirante?

—Está en su cámara. Si me lo permitís, os acompañaré.

—Sí, vamos en seguida. No tengo tiempo que perder.

Cuando Lady Hamilton y Nelson estuvieron el uno frente al otro, el capitán Hardy se retiró discretamente.

—He aquí lo que os traigo, señor—dijo Emma al Almirante—; no podía dejar que fracasáseis.

Horacio Nelson abrió el pliego que la Embajadora le tendía, y, emocionado, leyó lo siguiente, bajo el escudo, impreso, de la Casa Real de Nápoles:

"A los Gobernadores de las dos Sicilias:

"Es nuestra orden que atendáis con hospitalidad a la

flota británica mandada por el Almirante Nelson, poniendo a su disposición agua, víveres y auxilios en cualquier puerto de Sicilia.

"María Carolina."

¡Aquello era la salvación! ¡Podía ser la victoria! ¡Ya no había que regresar a Gibraltár, sino, una vez repuestas las fuerzas, enfrentarse con el enemigo!

Nelson se inclinó ante la Embajadora como ante una Emperatriz, y le besó rendidamente la mano.

—Habéis salvado dos cosas, Lady Hamilton... Inglaterra... y mi honor.

Estaban solos. La noche tendía su manto sobre la tierra y la luna rielsba en el mar. Era la hora mágica, la hora embrujada en que los duendecillos juegan a llevar el amor a las almas.

Nelson se acercó más a Lady Hamilton. Le habló. Y al hablarle, su voz temblaba ligeramente.

—Emma... Apenas me atrevo a deciros...

Emma comprendió, y quiso impedir a toda costa la declaración inminente:

—Permitid... Tengo que marcharme. Es muy tarde ya...

—Emma, no os vayáis sin oír de mis labios las palabras que no he pronunciado en mi vida os amo...

—¡El amor no es para nosotras, Nelson! Vos pertenecéis a Inglaterra, a vuestra esposa... y yo, a mi marido...

—Aunque así sea, os amo... Suceda lo que suceda, no olvidaré este momento... El sonido de vuestra voz... el roce de vuestros dedos... Ese recuerdo me dará por siempre valor e inspiración.

La emoción de la hora, del sitio, de las palabras, los envolvía, los acercaba. Por fortuna para Emma, en aquel momento se asomó a la puerta de la cámara el capitán Hardy y le dijo al Almirante:

—Todo está dispuesto para marchar, señor... Si Vuestra Excelencia lo permite, acompañaré a milady hasta su lancha.

Se despidieron ceremoniosamente. Los ojos del capitán Hardy los espían.

Un poco después, los dos barcos avanzaban en direcciones opuestas: la lancha de la Embajadora se dirigía a Nápoles; la fragata del Almirante, al infinito.

A la salida del puerto, el "Vanguard" se reunió con el resto de la escuadra. Había entrado solo en Nápoles para no llevar la alarma a la población. Y volvía triunfador, gracias a la buena voluntad, quizá al amor, de una mujer.

El telégrafo de banderas se encargó de transmitir a los navíos de la escuadra la buena nueva. No volverían a Gibraltar; irían inmediatamente a avituallarse al puerto más próximo de Sicilia.

En todos los navíos la noticia fué acogida con entusiasmo. Los marineros, lanzando gritos de júbilo, vitoreando a su Almirante, arrojaban al aire sus gorras y bailaban y saltaban como poseídos de un loco frenesí. ¡El hambre y la sed habían terminado! ¡Primero, a resarcirse de los días negros, de los días interminables; después, a buscar al enemigo y a luchar con él!

Así se hizo. Cuando las necesidades corporales estuvieron satisfechas, los navíos de Nelson, con nuevo vigor, con

nueva sangre, fueron más que nunca los dogos del Mediterráneo.

Como dotados de un fino olfato canino, semanas y semanas recorrieron la vasta extensión azul, siguiendo de cerca la pista de la escuadra francesa sin alcanzarla nunca.

Al fin, un día el vigía de la capitana gritó:

—¡Escuadra enemiga a estribor!

Y se hicieron a toda prisa los preparativos de combate. Pólvora, granadas, fusiles, hachas de abordaje, fueron sacados de los pañoles y colocados, ordenadamente, en cubierta. Los artilleros empezaron a cargar los pesados armatostes, con esa nerviosidad que precede a las batallas.

A lo lejos, hacia estribor, los navíos de la escuadra francesa se agrandaban al acercarse. ¿Eran quince? ¿Eran veinte? ¿Eran treinta? Nadie se preocupaba de contarlos. Había que entablar batalla, y se entablaría, aunque fuese contra mil.

Nelson, en el puente de la capitana, vigilaba todos los movimientos de sus barcos y transmitía órdenes sin cesar. Estaba impasible. Para decirlo más exactamente, estaba contento. En las batallas, en medio del olor de la pólvora y de los estampidos de los cañones, se encontraba tan en su elemento como el pez en el agua.

El capitán Hardy, fiel y noble en todo instante, se acercó a él:

—Si de algo vale mi ruego, señor, no os expongáis hoy innecesariamente.

—¡Hoy, querido Hardy, representa para mí un título de Par., o una tumba en la Abadía de Westminster!

Y como las naves enemigas se hallasen ya a suficiente distancia, gritó:

—¡Fuego!

Una andanada del "Vanguard" destruyó el palo mayor y una parte de la obra muerta de uno de los navíos franceses. En contestación, la capitana de la escuadra de Francia abrió el fuego contra los buques ingleses. Y bien pronto se generalizó el combate.

Se oían detonaciones, gritos, canciones cantadas a coro gemidos, aullidos... Caían los mástiles con estrépido, arrastrando en su caída a los hombres que se hallaban bajo ellos. El mar se llenaba de cadáveres y de restos de barcos, y entre aquellas ruinas, los navíos evolucionaban pesadamente, entremezclándose unas veces, alejándose otras, para reunirse más tarde con nuevos bríos. Diríase una lucha entre monstruos de una especie desconocida.

Un espectador indiferente hubiera podido percibir un espectáculo no por natural menos curioso. A lo lejos, el mar era como un espejo brnido, en el que se reflejaba el sol; daba una impresión de paz y de serenidad. En el lugar de la batalla, diríase sacudido por una tempestad, por una tromba; tales eran las olas que levantaban las balas de los cañones y los remolinos de los buques al hundirse. Los cadáveres de los marineros, los restos de las naves y los esfuerzos desesperados que realizaban para salvarse los que cuían con vida al agua, aumentaban la sensación de parecido.

Había llegado la batalla a su fase más aguda. Los navíos chocaban unos con otros, y las andanadas barrían las cubiertas.

Desde lo alto del puente del "Vanguard", Nelson, dominando con su voz los ruidos del combate, agigantada con el peligro su figura escuálida, gritaba:

—¡Al abordaje! ¡Todos dispuestos para el abordaje!

Las naves inglesas evolucionaron de forma que lograron acercarse aun más al enemigo; y, usando largas pértigas unos, empujando afiladas hachas otros, se lanzaron como fieras al abordaje los marinos de la escuadra británica.

Aquello decidió la victoria, inclinando la balanza hacia el lado de Inglaterra. Nelson había triunfado una vez más.

Se retiró la escuadra francesa, con sensibles pérdidas, y los dogos del Mediterráneo pudieron cortar las aguas en calma con la prestancia de los triunfadores.

Las semanas se sucedieron. El mar guardó el secreto de la batalla, y ninguna noticia de ella llegó hasta Nápoles.

Allí, entretanto, los ánimos se hallaban altamente excitados. Había corrido, como reguero de pólvora, la nueva de que la Reina, influenciada por Lady Hamilton, había favorecido a la escuadra de Nelson, dejando a Nápoles desamparado frente al poder de Francia, y a medida que los días transcurrían y a Nelson parecía que se lo hubiese tragado el mar, aumentaba la excitación del populacho.

Por todas partes, con el ímpetu de una ola, crecía la hostilidad de los napolitanos contra Inglaterra. Se formaban en las calles y en las plazas grupos nutridos y exaltados, que vociferaban con una vehemencia meridional. De vez en cuando, un orador improvisado se encaramaba en una prominencia y gritaba a la multitud:

—¡La Reina nos ha entregado a la furia de los franceses! ¿Dónde está Inglaterra? ¿Dónde está Nelson?

Desde las ventanas de Palacio, el Rey, rodeado de sus cortesanos y de su inseparable Fontaine, el enviado de Francia, asistía, un poco inquieto a aquel espectáculo de la efervescencia popular.

Hombre pusilánimo, veía en peligro, no sólo la paz de su país, sino hasta su misma corona. Era el momento que el ciudadano Fontaine esperaba desde hacía tiempo para obligarle a firmar un tratado con su nación, que sometía de hecho a Nápoles al dominio de Francia.

En la calle vociferaban las turbas:

—¡Inglaterra está vencida! ¡Muera Inglaterra! ¡Muera Lady Hamilton!

El ciudadano Fontaine se acercó al monarca y le dijo, mostrándole un pliego que llevaba en sus manos:

—Francia exige que desterréis a esa mujer inglesa que os ha burlado... y que firméis este tratado.

—Pero...—apenas pudo balbucear Fernando—esa mujer es la esposa del Embajador de Inglaterra...

—¡Romped con Inglaterra!

—¡Eso no! ¡La escuadra de Nelson caerá bien pronto sobre nosotros!

—¿Dónde está la escuadra de Nelson? ¿Lo sabe Vuestra Majestad? ¿Lo sabe alguien? Probablemente habrá vuelto a su base de Gibraltar, si no ha sido aniquilada ya por las naves de Francia.

—Pero eso es una suposición... Puede presentarse el día menos pensado.

—En ese caso, mi patria os enviaría elementos suficientes para la defensa de vuestro reino.

Uno de sus cortesanos llegó hasta él, le mostró con el dedo extendido los grupos que se hallaban frente al Palacio, y cuya actitud no tenía nada de tranquilizadora, y le dijo:

—Ya lo veis, Majestad... Es la guerra civil... a menos que os inclinéis abiertamente a Francia.

—No debéis vacilar, señor—remachó el ciudadano Fontaine—; es la salvación de Nápoles lo que os ofrezco.

Fernando no se sintió con fuerzas para seguir rehusando. Tomó el pliego que el enviado francés le ofrecía, pasó por él la vista, se acercó a la mesa y cogió una pluma... El destino de Nápoles iba a decidirse.

Pero en aquellos momentos se oyó el estampido de un cañonazo hacia la parte de la bahía. Después otro. Y otro... La multitud corrió hacia los muelles.

Por el centro de la bahía, perfectamente alineados, avanzaban majestuosamente los navíos de Nelson. Todos comprendieron la verdad instantáneamente. Y, con esa facilidad que tienen las multitudes para variar de opinión, un grito unánime brotó de todos los pechos:

—¡Inglaterra victoriosa! ¡Nelson regresa!

Pronto las noticias corrieron de boca en boca:

—¡La escuadra francesa fué vencida completamente, y los buques no se hundieron, huyeron a la desesperada!

—¡Napoleón ya no es un peligro! ¡El águila corsa se ha visto obligada a refugiarse en Egipto con las alas rotas!

—¡La República francesa estará dentro de poco bajo el feudo de Inglaterra!

La pluma del Rey Fernando se detuvo en el aire. No descendió hasta el papel para firmar aquel ignominioso tratado de alianza con Francia. El ciudadano Fontaine se mordió los labios. ¡Estaba vencido!

Una hora después, uno de los criados de la Embajada inglesa, anunciaba:

—El Almirante Nelson.

Emma y Sir Guillermo se levantaron para recibirle. El triunfador saludó cortésmente a Sir Guillermo y se acercó a Lady Hamilton para besarle la mano.

—Inglaterra—dijo—no olvidará nunca lo que os debe, Emma.

—No es a mí a quien debe agradecimiento, sino a vos, señor Almirante.

Sir Guillermo terció en el diálogo:

—¿De modo que habéis vencido a Napoleón?

—Así parece, señor... Tengo noticias de que se ha refugiado en Egipto. De momento está alejado el peligro... aunque no creo que Bonaparte se considere vencido con tanta facilidad.

—Pero necesitará mucho tiempo para rehacer su escuadra—dijo Emma.

En efecto, señora. Meses, tal vez años... Un tiempo que dedicaré al descanso... que creo tener bien ganado.

—¿Volveréis a Inglaterra?—preguntó el Embajador.

—No he decidido nada aún. Pero, desde luego, ese será el camino que emprenderé.

—¿Y si os quedáseis una temporada en Nápoles, a nuestro lado?—le preguntó Emma.

—Señora—repuso Nelson, algo cortado—, es tentador vuestro ofrecimiento... pero... no sé si deba...

—Aceptad—dijo Sir Guillermo—; será para nosotros un gran honor albergar al héroe del Mediterráneo.

—Yo... no quisiera molestaros... ;En fin, acepto!—terminó, con su rudeza de soldado.

IX

Los días, las semanas, se sucedieron como en un paraíso de ensueño.

Nelson descansaba; se dejaba mecer en el regazo amable del verano italiano, sin pensar en nada, sin mirar hacia adelante ni hacia atrás, como si se propusiese hacer un paréntesis en su vida.

Era su retiro, en efecto, un paraíso encantador: una "villa" de recreo, situada a orillas del golfo. Las brisas salinas jugaban con las copas de los árboles; cantaban los pájaros en desconcertante greguería; un surtidor repetía hasta la saciedad una historia monótona que sólo él entendía, y el mar tenía la sonoridad grave de un órgano.

Emma estaba siempre al lado del marino. Unas veces, hablaban; otras, soñaban; algunas, ella se sentaba ante el arpa, y su voz melodiosa entonaba una de aquellas canciones que arrobaban a Nelson, recordándole el día, para él inolvidable, en que la conociera.

Se sentían atraídos el uno hacia el otro por el magnetismo de un amor pujante, que ambos llevaban escondido en lo más profundo de sus almas. Pero, ni uno ni otro

hablaban de ello. Sentían el miedo de pronunciar las palabras irreparables. No era necesaria su voz, sin embargo. Sus ojos decían con elocuencia convincente lo que sus bocas callaban.

Un día, sin embargo...

Emma y Nelson se hallaban juntos, como de costumbre, en el jardín, cuando una berlina se detuvo ante la puerta de la finca, y de ella descendió el capitán Hardy. Unos momentos después, el bravo marino estaba ante su superior y le presentaba un paquete de cartas, diciendo:

—Perdón si molesto, pero acaba de llegar el correo de Inglaterra.

Emma se levantó discretamente, y, sonriendo, se acercó a Hardy:

—Os cedo vuestro Almirante por cinco minutos... pero luego volverá a ser mi invitado.

Y se alejó. Cuando desapareció tras unos árboles, Nelson dijo a su fiel capitán:

—Me da miedo abrir estas cartas, Hardy.

—Lo comprendo, señor... ¿Manda algo Vuestra Excelencia?

—Nada, gracias.

Saludó militarmente el capitán Hardy, y se alejó a su vez.

Cuando Nelson se quedó solo empezó a leer las cartas que habían llegado. Una de un amigo. Otra del Ministro... Las dos decían lo mismo: que en Inglaterra empezaba a verse mal su ausencia prolongada, y que debía regresar cuanto antes, puesto que ningún deber le mantenía fuera de la patria.

Premeditadamente dejó para lo último una carta cuyo sobre estaba escrito de mano femenina. Era de su esposa, y decía así:

"Querido Horacio:

"No me explico, ni se lo explica nadie, qué es lo que retarda tu regreso. Toda Inglaterra está impaciente por darte la bienvenida después de tus triunfos en el Mediterráneo. Los Reyes están ofendidos. Deberías regresar en seguida antes de exponerte a la humillación de que tu conducta se ponga en entredicho.

"No te digo que yo también estoy deseando abrazarte, porque sé que signífico poco para tí. De todos modos, uno mi deseo al deseo general y alimento la esperanza de que vendrás en el próximo barco.

"Tu amante esposa,

"Fanny."

Era lo temido. El instante que debía llegar, y que llegaba al fin. El cristal del ensueño acababa de romperse, y en su lugar aparecía ante Nelson el verdadero horizonte de su vida: de un lado, riquezas, honores, aclamaciones, músicas triunfales; de otro, el yermo, gris y frío, de su hogar; la convivencia con una esposa no amada...

Cuando Emma volvió a su lado, él le dijo:

—Tengo que volver a Inglaterra.

—¿Tan pronto?

—Sí... Me lo ordenan mis superiores... me lo ruega mi...

—¿Y cuándo saldréis?—le preguntó ella sin dejarle terminar.

—Al amanecer.

—Entonces... esto es el adiós.

—Sí... el adiós.

Era el crepúsculo. Como en otra tarde, ya lejana, en la cámara del "Vanguard". La hora embrujada que llevaba su hechizo hasta el fondo de las almas, rompiendo barreras, saltando obstáculos, imponiendo, sobre todas las cosas, la única verdad del Amor.

Emma avanzó unos pasos hacia la escalerilla que conducía a sus habitaciones. Más que una despedida, parecía la suya una huida... Y así era. Huida del sortilegio de aquella hora, que tanto influjo tenía sobre su alma. Huida de él, y de sí misma. Sólo cuando estuviese en su alcoba, bien cerradas la puerta y las ventanas, para que ni el aire llegase de aquel crepúsculo adormecedor, se sentiría segura.

Comprendió Nelson que la perdía, que la perdía para siempre, y se acercó a ella.

—Emma...

—¿Qué?

—Quisiera pedirlos un último favor...

—Hablad.

—¿No querriais cantar para mí una última canción? Aquella que cantasteis cuando nos conocimos...

¿Cómo negarse? Emma, sin fuerzas ya para resistir al mandato del destino, se sentó ante el arpa y cantó. En su voz temblaban las lágrimas.

Sentado también, pero lejos de ella, Nelson escuchaba. Era un momento de emoción profunda. El Almirante de Inglaterra, el hombre acostumbrado a desafiar a la muerte cara a cara, hundió su rostro entre las manos y lloró. Así

estuvo algunos instantes. Hasta que la voz de Emma se rompió en un sollozo y sólo quedó en el aire la vibración de una cuerda del arpa.

Cuando Nelson levantó la cabeza, Lady Hamilton ya no estaba junto al arpa. La encontró tendida sobre unos cojines, llorando desconsoladamente. Por su vida rota. Por el amor, que huía de su lado...

El Almirante se arrodilló junto a ella y le besó las manos, los brazos. Cuando llegó a la boca, Emma ya no podía resistir...

Volvieron juntos a Inglaterra.

Nelson pudo convencer a Sir Guillermo de que Emma debía participar de la bienvenida triunfal que en Londres le esperaba, ya que ella tanto había contribuido a la victoria de las armas inglesas. Y el Embajador, hombre de mundo, al fin y al cabo, supo hacerse cargo de la situación y se resignó, sintiéndose ya viejo y achacoso, a pasar a segundo término en el alma de su esposa.

Londres ardía en fiestas.

El día de la llegada del Almirante, un periódico de la mañana publicaba, entre grandes titulares, el siguiente suelto:

"Londres se ha vestido de gala para dar la bienvenida al héroe del Nilo, al vencedor del Mediterráneo, Lord Nelson.

"Esta es la primera vez, desde su gran victoria, que Inglaterra ha sido honrada por su presencia.

"Centenares de personas han salido a las afueras de la ciudad a esperar el regreso del gran héroe."

De Lady Hamilton, ni una palabra. Como si no existiera. Se adivinaba que la omisión había sido premeditada. La austeridad de las costumbres en Inglaterra no podía tolerar la presencia ilegal al lado de su héroe de una mujer de quien se susurraba que era la amante de Nelson. ¿Que había hecho mucho por la causa de Inglaterra? ¿Que gracias a ella había sido posible la victoria? Sí. La Patria se lo agradecería... pero se lo agradecía mucho más si hubiese tenido la discreción de quedarse en Nápoles, en vez de dar aquel escándalo de una exhibición de sus amores culpables.

Irrumpieron en las calles de Londres las avanzadas de la multitud que había salido a esperar al vencedor de Napoleón, y entre vítores y aclamaciones avanzó el coche del almirante. En el asiento delantero iban sentados Nelson y Lady Hamilton; en el de detrás, solo y triste, Sir Guillermo.

Nelson, sonriente, vencido por los halagos del pueblo, saludaba a diestra y siniestra.

Algunos, al pasar el coche, comentaban, señalando a la pareja:

—¡Dicen que está loco por ella! No sería extraño... Es tan hermosa...

Aquella misma tarde, en la mansión de Sir Guillermo Hamilton, éste leía con atención un periódico londinense. El párrafo que, al parecer, le interesaba, decía así:

"La Duquesa de Devonshire dará en sus salones un gran baile de gala para celebrar el feliz regreso de Lord Nelson, Barón del Nilo.

"Sus Majestades asistirán, y la lista de invitados incluye los nombres más ilustres de Inglaterra."

En aquel momento, un criado abrió la puerta de la estancia y anunció:

—El Honorable Carlos Greville.

Sir Guillermo se levantó para recibir a su sobrino. Se saludaron sonrientes, aunque sin gran cordialidad. Desde que Greville había sabido la boda de su tío, sus relaciones con él se habían enfriado mucho. Desaparecido el motivo que en otro tiempo le impulsara a mimar y obsequiar a Sir Guillermo, perdida la esperanza de la herencia con que tantas veces había soñado, Carlos, hombre práctico, había dejado de pensar en quimeras y se atenía a la realidad. La realidad, para él, era una bonita fortuna de que su esposa disponía, y que él usufructuaba, mientras no le llegaba la hora—si le llegaba algún día—de poseer aquellas riquezas como dueño legítimo.

Con un leve tinte de ironía, le preguntó Greville a su tío:

—¿Estaréis contento, no es verdad?

—Sí, lo estoy.

—Es un día glorioso para Inglaterra, para Nelson... y para Emma.

—En efecto. Emma está en un ciclo de entusiasmo.

—Pero, querido tío, es mi deber deciros que los rumores que circulan sobre Emma y... Nelson... no son celestiales precisamente.

—Querido sobrino, yo nunca presto atención a los rumores. Podrían ser verdad.

—Se trata de algo más serio que de rumores... Mirad esto.

Y Greville extendió ante los ojos de Sir Guillermo un pliego manuscrito. Era aquel pliego la lista de invitados que debían concurrir a la fiesta de la Duquesa de Devonshire en honor de Nelson. En ella el nombre de Lady Hamilton aparecía tachado.

—¿No comprendéis lo que esto significa, tío? Su Majestad rehusa conocer a vuestra esposa.

—Creo que Su Majestad demuestra una admirable discreción.

—¡Decididamente, no os entiendo! ¡Nunca sabe uno cuando bromeáis o cuando habláis en serio!

—La diplomacia enseña muchas cosas, querido sobrino... Una de ellas es el modo de disfrazar el pensamiento.

Se abrió una puerta, y Emma entró en la sala. Carlos Greville salió a su encuentro, y ante ella se inclinó respetuosamente, acentuando, no obstante, su gesto de ironía.

—La verdad, nunca hubiera yo creído que un día debía saludar como a Lady Hamilton a la traviesa Emma Hart...

—Hay muchas cosas que no creéis, Greville... por ejemplo, que muy pronto tendré el honor de ser presentada a Sus Majestades.

—¿Estáis segura?

—Sí.

—Nunca es conveniente asegurar algo hasta que esté cumplido... Lady Hamilton. Se expone uno a muchos engaños.

Se inclinó otra vez, y, estrechando la mano de Sir Guillermo, salió.

Cuando el Embajador y su esposa se quedaron solos, ella le preguntó:

—¿Qué ha querido decir Carlos con sus reticencias?

Por toda respuesta, Sir Guillermo le alargó la lista de invitados. Lady Hamilton vió la afrenta que se la infería y palideció. Su esposo fué implacable:

—¿No comprendes?... En una recepción en honor de Lord Nelson, sería embarazoso que estuviérais presentes tú... y la esposa del héroe...

Y como Emma, abrumada por la fuerza de aquella lógica fría, bajase la vista al suelo, el Embajador prosiguió:

—Ya veis ahora, querida, que el amor es un juego peligroso.

X

Un aspecto brillante ofrecían los vastos salones de la Duquesa de Devonshire la noche de la fiesta en honor de Nelson. El Todo Londres se había congregado allí. Lucían las mujeres sus "toilettes" llamativas, sus joyas y sus afeites, y los hombres hacían ostentación de sus casacas bordadas, de sus uniformes y de sus condecoraciones.

Un único tema de conversación corría de boca en boca, mientras se esperaba la llegada de Sus Majestades, de Nelson y los Hamilton. ¿Vendría Lady Hamilton? ¿Se atrevería a presentarse al lado de Nelson en aquel salón, lo mismo que se había presentado en las calles de Londres? Pasaba sobre aquellas cabezas, siempre pendientes del "buen parecer", una ráfaga de escándalo.

Un criado anunció:

—Almirante Lord Nelson, Barón del Nilo, Duque de Bronte, y Lady Nelson.

Damas y caballeros lanzaron un suspiro de satisfacción: la legalidad, la moralidad, el "buen parecer", estaban a salvo.

Recibía Lord Nelson los plácemes de todo el mundo, cuando el criado volvió a anunciar:

—Sir Guillermo Hamilton...

Hubo un segundo de expectación, en el que todos los ojos se dirigieron a la gran puerta de entrada. El criado, impasible, terminó:

—... y el Honorable Carlos Greville.

¿Qué había sucedido? ¿Cómo no había venido Lady Hamilton?

Nelson, separándose de su esposa y de todas aquellas personas que le rodeaban con admiración, olvidado de las conveniencias sociales, del salón donde estaba, de todo, corrió hacia Sir Guillermo y le preguntó:

—¿Por qué no ha venido Lady Hamilton?

—Parece ser que la Reina me acepta a mí, pero no quiere hacer conocimiento con mi esposa.

Sin despedirse de nadie, llevado de aquella impetuosidad que era una de las fases más salientes de su carácter, Nelson salió del salón. Su esposa le siguió. Fuera del alcance de miradas indiscretas, le preguntó ella:

—¿A dónde vas?

—Yo no me haré solidario de este insulto a la mujer que hizo posible la victoria de Inglaterra!

—Horacio, vas a verla a ella... Lo sé todo... Pero, óyeme bien, si te vas... hemos terminado para siempre...

Por toda contestación, Nelson salió del palacio de la Duquesa de Devonshire.

Un poco después estaba al lado de Emma, abrazados los dos, como temiendo que el mundo los separase. Decía él:

—Vengo a llevarlo lejos... Los dos nos divorciaremos y encontraremos la paz de nuestro amor.

—¡Yo no puedo consentir que te sacrifiques por mí!

—¡Le he dado mucho a Inglaterra... lo único que le pido, en cambio, eres tú!

—¡Yo soy lo único que Inglaterra no te dará nunca!

Algún tiempo después, en una aldea inglesa, plácida y callada, Nelson y Lady Hamilton ocultaban su amor, lejos del ruido mundanal. Al fin habían realizado su sueño. Pero su felicidad no duró mucho tiempo.

Un día, una berlina se detuvo ante la puerta de la casita que los dos enamorados ocupaban, y de ella descendió el capitán Hardy. Hallábase Emma sola en la casa, pues Nelson se encontraba en el jardín, y Hardy hubo de hablarla a ella antes que a su jefe.

—Napoleón ha construido una gran escuadra... Vengo en busca de Nelson.

—¿De modo que Inglaterra os manda a mí por Nelson... a mí...?

—Milady... yo...

—¡Bien! Volved, y decid a todos que es mío... ¡y que nunca le dejaré marchar!

—¡No tenéis derecho a hacer eso, milady! Su patria está en peligro... ¡no podéis colocaros entre Inglaterra y Nelson!

—¿Por qué no? ¡Le amo!

—Es vuestro amor lo que le ha hecho desgraciado... El no nació para vegetar en una aldea oscura, sin otra aspiración que el amor de una mujer, sino para conquistar la gloria, para pasear en triunfo después de sus victorias. ¿Queréis cubrirle de ignominia... queréis que un día él mismo se despierte y os odie por haber cortado su carrera brillante?

—Inglaterra gana, capitán Hardy... Id vos mismo y decidle que debe partir. Yo no podría.

Y así, Nelson, atraído de nuevo por los clarines bélicos, volvió al Mediterráneo, a hacer frente otra vez a la escuadra de Napoleón.

En aguas de Trafalgar se encontraron las dos escuadras. El resto ya es conocido de nuestros lectores.

Nelson, herido gravemente, fue conducido por Hardy a su camarote. Y allí se extinguió aquella vida, que, con la luz de una antorcha, iluminó un siglo.

Sus últimos pensamientos fueron para Emma.

F I N

NÚMEROS PUBLICADOS

EL ARCA DE NOÉ . . . George O'Brien
LA MUJER DISPUTADA. Norma Talmadge

— Precios: —
UNA pta. tomo

— PEDIDOS A —
BIBLIOTECA FILMS - Apartado 707 - Barcelona

IMPRESA COMERCIAL
CALLE VALENCIA, 119 - BARCELONA